


# HOMBRES MIXTOS

**PETER KAPRA**

**PETER KAPRA**

# HOMBRES MIXTOS

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 19.356 -1968

*Printed in Spain - Impreso en España*

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

## Capítulo primero

Madeleine cruzó sus bonitas piernas y miró a su interlocutora a través del humo rojo de su cigarrillo.

—Jean Pierre está loco —dijo.

Sus labios eran negros, su piel amarillenta, sus ojos escarlata. Llevaba lo que, en aquella época, se denominaba un «chak», o sea un atuendo parecido a un corsé actual, de un color azul brillante.

Sus brazos estaban tatuados y, en su frente, lucía algo parecido a una estrella de David, modelada bajo la piel.

Miró fijamente a Vivien Lucé que, recatadamente, vestía un «buzkim», color granate, muy ajustado y escotado, aunque las piernas las llevaba enfundadas en medias metálicas.

—Irremisiblemente loco —repitió—. Sin embargo, es adorable y le quiero más que a nadie.

Vivien arqueó las invisibles cejas.

En el siglo XXIII no era costumbre llevar cejas, ni cabello. Se utilizaba una eficiente crema depilatoria. Algún vanguardista, no obstante, solía dejarse el cabello largo. Y no era por protesta, sino por inconformismo.

—Si está loco, hará un engendro —dijo Vivienne.

Un hombre mixto. ¿De qué puede servir a nadie un sujeto así?

—Quizá para trabajar en las minas. No necesita alimentación.

—Lo que él hace es un robot, un androide de acero plástico y cerebro humano.

—¡Es horrible! ¡Debíamos denunciarles al Comisionado Legal!

—Es inútil. Jean Pierre tiene licencia de experimentador. Se la proporcionó su padre.

Las dos mujeres se encontraban en una sala rectangular y enteramente desprovista de ornamentación. Sólo tenían los asientos tensores, en los que estaban sentadas. En sus muñecas, a modo de singulares relojes, llevaban los dispositivos de control cibernético, con los que podían modificar, hasta el infinito, el aspecto de la sala de espera.

Podían abrir puertas o ventanas, descorrer el techo, hacerlo transparente, «levantar» mesitas del suelo, «sacar» objetos de las paredes, apagar o encender luces, y hasta tomar el té o el «lunch» por medios transmutables.

No necesitaban nada. Sólo querían hablar. Era necesario esperar y eso hacían. Esperaban. Al otro lado de uno de los muros de la sala, dos

hombres trabajaban.

Uno de ellos era Jean Pierre Drouet, prometido de la exótica Madeleine Arcenis, neurólogo.

El otro era Paul Lassay, esposo de Vivienne Lucé, en primera fase de adaptación, lo que significaba que no vivían juntos. Tampoco tenían hijos. Era ilegal.

Paul Lassay era algo así como escultor o modelista mecánico. Hacía muñecos articulados que se movían por medios mecánicoelectrónicos, a través de un dispositivo de banda magnética. Era famoso en todo el mundo, en la Luna, en Marte y en Venus, aunque también se le conocía en las colonias experimentales de Saturno, Júpiter, Urano y Neptuno.

Dos años atrás, Lassay había realizado el famoso «ballet» mecánico, que llevaba su nombre. Sobre escenarios antigravitacionales, había colocado, gracias a la magia de las ondas «concéntricas», más de un millar de muñecos, ataviados con primorosos vestidos de baile.

Durante dos horas, los muñecos interpretaron las más selectas piezas de música clásica y moderna, con un estilo, gracia y corrección insuperables. ¡Y hasta el final el público no se dio cuenta de que se trataba de muñecos artificiales!

Ahora el gran público ya lo sabía. Pero el mérito había aumentado, porque el artífice de aquel prodigio era sólo un hombre, al que habían asesorado los mejores coreógrafos de la época.

—Y a Paul nadie le diría nada. El propio Cónsul General le condecoró con el Collar Celeste —contestó Vivienne Lucé—. Dentro de seis meses, pasamos reconocimiento matrimonial.

—¡Oh! ¿Daréis una fiesta?

—Naturalmente, querida. No podía ser de otro modo. Acudirá la élite de Dourdan. Pensamos instalarnos en la Residencia F-12… Un piso colgante con jardín aéreo.

Madeleine, que, íntimamente, detestaba a Vivienne, no pudo sustraerse al deseo de zaherirla un poco.

—¿Y si no se aprueba vuestro matrimonio?

—¡Oh, no! ¡Eso no puede ser! Paul posee mucho prestigio. Nadie osaría insultarle de ese modo… ¡Qué pensamiento más horrible tienes!

—El gobernador Kerre no aprobó su segunda fase matrimonial —dejó ir Madeleine, sin inmutarse.

—Paul no es ese hombre. Además en política nunca se cuenta la verdad… ¡Paul es un artista!

* * *

Los dos hombres objeto de la conversación de Madeleine y Vivienne se encontraban en aquel instante en un singular laboratorio

de ensayo, en donde sólo había una mesa antigravitatoria y una máquina bioquímica. También tenían un control transmutador físico, pero estaba en la mano de Paul Lassay.

Este era un hombre de piel amarillo-cobriza, ojos completamente blancos, provistos de retoque visual, para ver en aumento o disminución, labios verdes y cabeza tatuada. Llevaba una bata corta y calzado flexible y transparente.

Su compañero, algo más joven, era Jean Pierre Drouet, y estaba considerado ya como una eminencia en trasplantes cerebrales.

El neurólogo era un ser norma], desafecto a modas y costumbres, racional y grave, parecido en todo a un hombre universal. No llevaba tatuajes, tenía cabello corto y negro, ojos oscuros e inteligentes, piel sin teñir y labios rosados.

Por si fuese poco, el doctor Drouet llevaba «kasai» debajo de la bata, o sea pantalón ajustado y una especie de chaleco, unido en la cintura por medio de una cremallera magnética.

—Vamos por el circuito visual, Paul —dijo Jean Pierre—. Se trata de efectuar la conexión intermedia, entre el nervio y la válvula motriz.

El modelista mecánico no replicó. Del muñeco que yacía sobre la mesa antigravitatoria tomó un delgado tubo de plástico, al que unió una especie de fusible.

—Éste es —musitó, cuando lo tuvo entre la yema de los dedos.

Jean Pierre, por medio de una extraña pinza, tomó el fusible y lo alojó en una caja transparente que el muñeco tenía en la nuca.

El objeto yacente tenía él «cráneo» abierto. Y dentro, en una especie de bolsa de plástico, había un cerebro humano, sumergido en una solución acuosa.

Aquella operación duraba ya varias horas. Ambos hombres trabajaban con una meticulosidad impresionante. Cuando necesitaban un objeto, recurrían al control de transmutación física, que ponía inmediatamente en sus manos herramientas, accesorios, recambios y otros elementos, enviados desde el almacén del laboratorio.

La máquina bioquímica les suministraba, por otro lado, los elementos que no se podían confiar a un simple transmutador. De allí extraían células vivas, neurinas, glóbulos sanguíneos, plasma, y muchos elementos naturales más, a los que, constantemente debían estar recurriendo.

Cuando Jean Pierre terminó con el llamado circuito visual, el modelista mecánico dijo:

—Debíamos examinarlo.

—No conviene emplear el «encefaloshock» con tanta frecuencia, Paul. Castigamos el cerebro.

—Me preocupa el ojo. Puede sufrir alguna alteración.

—Hagamos una prueba breve. Ayúdame.

Jean Pierre cerró cuidadosamente la tapa craneana, de un plástico muy sólido. Luego movieron el cuerpo mecánico, apenas sin esfuerzo, gracias a la suspensión antigravitatoria.

El muñeco quedó boca arriba. Era la copia perfecta de un hombre. La única diferencia consistía en que todo él era un amasijo de resortes, dentro de un cuerpo de plástico.

Pero aquellos dos hombres le habían colocado un cerebro enteramente humano.

Trasplantar un órgano cualquiera a un enfermo, recurriendo al banco de órganos vitales no era raro. Había seres humanos, con ciento sesenta años que, a excepción de los huesos y la piel, todo lo demás pertenecía a otros individuos ya fallecidos.

La muerte natural estaba cifrada alrededor de los ciento ochenta años. Una edad respetable y senil, gracias a los cuidados del cerebro. El corazón, en muchos casos, era mecánico. Una simple válvula accionada por energía atmosférica.

Sin embargo, lo que Jean Pierre Drouet y Paul Lassay estaban realizando en el laboratorio «A» del Nosocomio de Dourdan era algo enteramente revolucionario y atrevido.

Se trataba, sencillamente, de accionar uno de los muñecos creados por el famoso Lassay, ¡por medio, nada menos, que de un cerebro humano!

¡Hacer un ser pensante de un cuerpo de plástico!

Jean Pierre había conseguido anteriormente algo parecido, al colocar un cerebro humano dentro de una máquina especial. Se trataba de un cerebro «vivo», cuyos nervios motores accionaron la máquina, «pensaron» dentro de ella y la hicieron «hablar», «ver» y «oír».

Esto, que puede ser considerado monstruoso, no lo era desde el punto de vista científico legal. Jean Pierre Drouet poseía un permiso de la comisión científica para realizar toda clase de experiencias encefalo-gráficas y psíquico-médicas.

No estaba loco, como decía su prometida.

—¿Puedes ver? —preguntó Lassay al muñeco.

—Sí —contestó el aparato, con una voz hueca, átona, como procedente de un dispositivo sonoro desajustado.

—Escucha, Leo —añadió Jean Pierre—. Ya sabes lo que estamos haciendo. Vamos a someterte a un nuevo «encefaloshock». Será el último. Queremos comprobar la eficacia de tu visión. Se trata de constatar tu «alcance óptico» y la distorsión que pueda tener.

—Veo… normal… —contestó el muñeco.

—Una ligera distorsión podría afectar tu cerebro. Es lo que tratamos de proteger, Leo. Tú no eres oculista. Recuerda bien. ¿Ves cómo veías antes?

—Sí…, igual.

Paul susurró al oído del neurólogo.

—Si te parece bien, podemos prescindir del «shock».

Jean Pierre se pasó la mano por la frente.

—Me siento cansado.

—¿Quieres un cordial?

—No. Creo que lo mejor es suspender el trabajo. Podemos continuar dentro de unas horas.

—Como quieras. ¿Sabes que mi mujer y tu novia nos esperan para ir a París, al estreno de «Multimúsica»?

—Sí.., ¿Y por qué no lo dejamos? Anhelo salir al exterior y dar un paseo al aire libre.

—¿Y Leo?

—Dormirá. Necesita descansar, lo mismo que nosotros.

* * *

Un panel del muro se descorrió en la sala, apareciendo los dos hombres. Al verles, Vivienne y Madeleine se levantaron. Esta última fue más atenta que aquélla, porque accionó el mando de su control de pulsera. Y del suelo, tras haberse descorrido un rectángulo, surgió una especie de «alfombra mágica», de gruesa espuma. Era un asiento antigravitacional y moldeable.

Jean Pierre acogió con una sonrisa aquella atención de su prometida y se dejó caer blandamente en el singular asiento. A su lado se sentó el artífice de los «ballets» mecánicos.

—¿Cómo ha ido, querido? —preguntó Vivienne.

—Bien, creo. Quien realiza el trabajo es Jean Pierre.

—¿Dará resultado?

—Lo está dando, ¿verdad, Jean Pierre?

—Así parece. Pero no debemos adelantar nada.

—¡Oh, qué apasionante! —exclamó Vivienne, juntando ambas manos, como extasiada—. Es la primera vez que lleva a cabo una cosa semejante. ¡Asombrarás al universo, querido!

Paul miró a su esposa con cierto disgusto.

—Eres sensiblera, Vivienne.

—¿Por qué me dices eso?

—Date cuenta. No intentamos más que aportar algo nuevo a la ciencia. Y, si algún mérito hay, pertenece a Jean Pierre. Él es quien efectúa el trabajo. Yo sólo he hecho el muñeco.

—¡No, por Zeus, Paul! El mérito es de ambos, si acaso.

—Desde luego que sí —medió Jean Pierre, conciliador—. De no haber sido por Paul, Leo no tendría un cuerpo perfecto.

—Yo estoy cansado de hacer muñecos de ésos —dijo Paul—. En

cambio, Jean Pierre es la primera vez que aplica su técnica a un muñeco articulado.

»No es lo mismo que si pusiéramos un cerebro electrónico a un robot... ¡Se trata de un cerebro humano, conservado vivo! Y ese cerebro acciona un cuerpo que miles de personas pueden hacerlo igual o mejor que yo.

Madeleine miró con simpatía al modelista.

—Éste es un patrón especial, Paul.

Estamos haciendo disquisiciones tontas. Me siento cansado.

—¿Y el estreno de «Multimúsica»? —preguntó Vivienne, alterándose.

—Podéis ir vosotros. Yo prefiero dar un paseo... Necesito descansar, relajarme. Es demasiada la concentración que debo tener en ese trabajo. Hemos conectado el «precinto» rojo. Nadie puede entrar ni salir del laboratorio. Propongo que asistáis al estreno. A vuestro regreso podemos seguir trabajando. ¿Te parece bien, Paul?

—Yo preferiría no ir tampoco. Pero el gobernador Dillon tuvo la gentileza de enviarme la invitación.

—No podemos hacerle un agravio, Paul —insistió Vivienne.

—No..., ¡naturalmente! Te llamaré a nuestro regreso, Jean Pierre.

—De acuerdo.

Paul y Vivienne se levantaron. Ella presionó su control de salida y una puerta se descorrió silenciosamente, comunicándoles con un pasillo de piso rodante.

Jean Pierre se levantó también. Se despojó de la bata y la dejó caer al suelo. Antes de llegar al piso, la bata se desmaterializó, debido al control de limpieza accionado por Madeleine.

Salieron también al pasillo.

—Quisiera dar un paseo por el Complejo Mayer. Aquel aire parece más natural.

—Tengo el «moviplazo» en el exterior, cariño. ¿Te sientes cansado?

—Sí. Es la tensión nerviosa.

—¡Esa mujer es abominable, Jean Pierre!

—¿Qué mujer?

—Vivienne Lucé... ¡La detesto! Es de una presunción casi esquizofrénica. No he tenido más remedio que soportarla durante cuatro horas.

—Vamos, no seas así. Es esposa de Paul.

—¡Me gustaría que no aceptasen su segunda fase!

—¿Por qué dices eso?

—Es de una vanidad insufrible. Según ella, todo el mérito del trabajo corresponde a Paul.

—Todo no, pero ha hecho mucho. Admiro a ese hombre.

* * *

En el vestíbulo, profusamente iluminado, del Nosocomio, Vivienne se detuvo y dijo a Paul Lassay:

—Ve y dispón el «RSC», cariño. Tengo que llamar a casa para dar instrucciones a Hill-6.

—Sí, Vivienne.

Mientras él se dirigía a la salida, caminando despacio sobre la pista rodante, ella cruzó el vestíbulo y penetró en una de las cabinas insonoras y aisladas de comunicaciones. Presionó su sigla de abono y luego marcó un número de París, en el Subsuelo Cinco.

A los pocos instantes, en la pantalla pentacromática radiante apareció una extraña figura cubierta con una capucha. Dos orificios redondos permitían ver los ojos rosados de una persona que hizo oscilar la tela de la capucha al decir:

—Esperaba tu llamada hace rato, Vivienne Lucé.

—Lo siento, «Kay». Hasta este momento no han terminado el trabajo. Lo han suspendido porque el doctor Drouet está fatigado. Nosotros debemos ir al «Olimpic» de París. Estamos invitados a…

—Abrevia, Vivienne. ¿Qué han hecho?

—No lo sé. No podemos entrar en el laboratorio «A».

—¡El precinto, mujer! —exigió el enmascarado.

—Jean Pierre Drouet habló de un «precinto rojo».

—¿Dónde ha ido él?

—Dijo que iba a dar un paseo con esa desvergonzada que dice ser su novia. No sé adónde.

—¿Cuánto tiempo estarán fuera del laboratorio?

—Hasta que nosotros regresemos de París. No será menos de cuatro horas.

—Es suficiente, Vivienne. Pero, bajo ningún concepto, podéis volver al laboratorio antes de tres horas. Ése es el tiempo que necesitamos nosotros.

Trémula, Vivienne musitó:

—No sé si Jean Pierre…

—Nosotros nos ocuparemos de él, en caso de que aparezca. Ahora vete con tu esposo.

—No olvides tu promesa, «Kay».

—Siempre pago. Y tú lo sabes, Vivienne Lucé. Lo que interesa es recuperar a Leon Verrier.

—¿Y no sería mejor esperar a que Drouet haya terminado el trabajo?

—Silencio, Vivienne Lucé. Eso es cosa nuestra. Lo tenemos todo bajo control perfecto. La Secta «Ondina», cuyo Sumo Sacerdote soy yo, sabe perfectamente lo que debe hacer. Tú cumple con tu deber y serás

recompensada.

»Si no lo haces, el Tatuaje Fatal se dibujará en tu pecho y tu vida será aniquilada inexorablemente. Estás juramentada conmigo, Vivienne Lucé.

—Sí, sí.

—«Kay» no habla más.

La extraña visión encapuchada desapareció de la pantalla súbitamente. Vivienne respiró aliviada. Siempre que veía a «Kay» una extraña y misteriosa inquietud la invadía. El misterio de los Sagrados Templos de Marte parecía resurgir, tras millones de siglos, en aquel individuo casi satánico, del que nadie sabía nada, ni siquiera si era mujer o hombre.

Vivienne Lucé pertenecía a la secta dirigida por «Kay». Ingresó años atrás, influenciada por un trastorno mental, cuyo desequilibrio estuvo a punto de costarle la vida. No murió gracias al Supremo Sortilegio de «Kay», pero hubo de venderse.

Si la descubrían, Vivienne iría a las minas de Mercurio, a perpetuidad. Ser miembro de la Secta «Ondina» estaba severísimamente castigado por la Comisión Legal Universal. La superstición era un delito, y delito era todo lo que fraguaba el Sumo Sacerdote que se llamaba a sí mismo Heredero del Gran Templo Subterráneo de Tla-xa-kay.

Vivienne abandonó la cabina y corrió hacia el exterior, al aparcamiento, donde la esperaba su esposo.

—¿Lista, querida?

—Sí. Vamos ¿No me has dicho si estoy bien arreglada?

—Siempre lo estás, cariño. ¿Cómo será «Multimúsica»?

Paul Lassay no era más que un buen hombre genial, pero su mujer ¡era demoníaca!

## Capítulo II

—Estoy preocupado, Madeleine —habló Jean Pierre, que yacía sobre el asiento extensible del «movíplano», en completo reposo.

Ella, tendida a su lado, como él, volvió la cabeza.

—¿Por qué? —inquirió.

—Por mi trabajo… Por el cerebro con el que ensayamos… Hasta esta mañana no he averiguado a quién pertenecía. ¡Y no comprendo la razón del despiste!

Jean Pierre parecía hablar para sí mismo, mientras el vehículo se movía suavemente en el aire, dirigido por un control de orientación, rumbo al Complejo Mayer, que era un enorme jardín recreativo-comercial situado a diez kilómetros del centro de Dourdan.

—¿Qué despiste? —preguntó Madeleine.

—El cometido en el Archivo Médico. Me han mandado el cerebro de un hombre funestamente famoso. ¿Recuerdas a Leon Verrier, el arqueólogo que descubrió el templo secreto de Tla-xa-kay, en Marte?

—¡Sí! Se le detuvo por pertenecer a la Secta «Ondina» y fue condenado a muerte.

—Exacto. Yo creí que había sido incinerado. Ésa es la noticia que dieron. Pero, por lo visto, el Archivo Médico necesitaba vísceras en aquel tiempo y le fue enviado el cerebro de Verrier.

—Su cuerpo se destruyó, ¿no?

—A excepción de algunas vísceras, empleadas para estudio y análisis, todo fue destruido. Oficialmente, aquel hombre murió… ¡Y ahora estoy resucitándolo en un cuerpo mecánico!

—No puede ser el mismo.

—Lo es, Madeleine. Un hombre es su cerebro. La máquina de su cuerpo es secundaria. Un cerebro piensa, dirige, actúa…

—¿Y por qué te envió el Archivo Médico el cerebro de un sentenciado para tu experiencia?

—No lo sé… Pudo tratarse de un error. En mi solicitud expuse claramente cuál había de ser mi trabajo. La Comisión lo aprobó… ¡Y ahora que tengo casi todo el trabajo hecho y que el éxito responde a mi esfuerzo, me encuentro con un ser de mentalidad retorcida!

Una luz ambarina, acompañada de un fuerte zumbido, indicó a Jean Pierre que el «moviplano» estaba llegando al destino marcado en su esquema de Vuelo.

Presionó un pulsador y el asiento se replegó. Jean Pierre extendió las manos y accionó los mandos de aterrizaje, con lo que el aparato se

orientó, descendiendo hacia una corta pista magnética, donde se posó.

Habían llegado a su destino. Abrieron las portezuelas y salieron. Los robots encargados de la pista se ocuparon del «moviplano», entregando a Jean Pierre una contraseña.

La pareja se dirigió entonces a una pista rodante que les condujo a un jardín artificial y maravilloso, donde paseaba el público bajo la indirecta luz de los pequeños «soles» artificiales.

En el Complejo Mayer se podía encontrar todo lo que el más exigente de los hombres pudiera desear. Había restaurantes de todas las épocas y gustos, clásicos y modernos. Había tiendas, salas de recreó, salones íntimos, privados y públicos.

Allí no era necesario pagar nada. Para utilizar aquellos servicios recreativos o comerciales, sólo era preciso dejarse «identificar», y de esto se encargaban máquinas ocultas. En pocos segundos, gracias a un sistema infalible de organización contable, la administración del Complejo se ponía en contacto con la entidad bancaria de su cliente y sabían hasta dónde podían conceder crédito a sus clientes.

Jean Pierre Drouet y Madeleine Arcenis se dirigieron hacia el lago plateado. Allí existían atalayas y miradores al aire libre. Allí la atmósfera, purificada artificialmente, era paradisíaca.

Se sentaron en un mirador inclinado, sobre el lago, y pidieron una ligera cena fría, utilizando el dispositivo de control cibernético, que ambos llevaban en sus muñecas.

El tema de la conversación continuaba siendo el trabajo de Jean Pierre, y giraba en torno a la figura misteriosa del arqueólogo sentenciado a muerte años atrás, reo de fomentar la hechicería y la superstición.

—Sin duda, es un peligro revivir a ese sujeto. Cuando le interrogué y dijo llamarse Verrier, creí desmayar de susto. Eso me obliga a tener con él una vigilancia extrema.

—¿Temes que pueda escaparse y reanudar sus actividades?

—Más que eso —musitó Jean Pierre, pensativo—. Ese cerebro está resentido contra la sociedad. Nos culpa a todos de su muerte, pero se esconde, replegándose en una amenazadora pasividad. Espera a que le dé movimiento a su cuerpo. Luego mucho me temo que actuará.

—¡Pues suspende los trabajos!

—No puedo hacerlo. Es mucho lo que me juego en esto. Mi trabajo es mi vida, Madeleine. Tú lo sabes. Confío en el éxito para casarme contigo, para instalarme, ser independiente y no tener que vivir bajo la protección de mi padre.

»No puedo…

Jean Pierre se detuvo al ver que su novia miraba hacia una pareja que paseaba bajo el mirador donde se encontraba.

—¡Ivette Morlain! —exclamó Madeleine.

La mujer, objeto de la atención de Madeleine, se volvió y miró hacia arriba.

—¡Madeleine Arcenis! —exclamó, con acento de infinita sorpresa.

Un instante después, aquella muchacha, de cráneo tatuado en curiosos discos verdes, figura escultural y fascinante, de senos regulares y cintura breve, que vestía un estrafalario «buz-espiral» y calzaba botas corsario, subió la escalerilla del mirador y abrazaba a Madeleine con efusión.

—¡Cuánto tiempo sin verte, querida!

—¡Cuatro años! —exclamó Madeleine, llena de alegría.

Se agarraron luego de las manos y efectuaron una serie de extraños ritos, acercando sus cabezas, besándose en las mejillas y palmoteándose. Al terminar este curioso y singular saludo, Madeleine se volvió a Jean Pierre, que permanecía a un lado, de pie y sonriente, y dijo:

—Ésta fue mi mejor amiga en la Institución Grell, Jean Pierre. Compartíamos juntas un habitáculo… Ivette, te presento a Jean Pierre Drouet, mí prometido.

—Muchísimo gusto, Jean Pierre… ¡Eh, Jacques, ven, te presentaré a unos amigos! —Ivette se había vuelto hacia el hombre moderno, de las piernas desnudas y el ajustado chaleco plateado, que llevaba el distintivo del servicio interestelar.

Mientras el hombre llamado Jacques subía al mirador, Jean Pierre contempló a Ivette. Era una muchacha fascinante, sin duda. De piel rojiza y labios azabaches, tenía ojos grandes y rosados. En las manos y brazos lucía tatuajes delicados, con serpientes exóticas, de vivos colores.

—¿Qué haces ahora, Ivette?

—Dirijo un instituto de belleza en París, en el Subsuelo Uno.

—¡Oh!

—Éste es mi amigo Jacques Villé. No sé cómo convencerle para que se case conmigo.

—El matrimonio es un atraso, cariño —contestó el joven del servicio interestelar—. Demasiada formalidad legal. Si fuese como en la antigüedad, no habría problema.

—Déjate de bobadas. Ésta es Madeleine Arcenis, de quien te he hablado. Mi mejor amiga en el Instituto y éste es…

—Mi prometido —declaró Madeleine—, el doctor Jean Pierre Drouet.

—Mucho gusto.

—¡Qué alegría, Ivette! ¿Por qué no me has llamado alguna vez?

—Mucho trabajo, querida. Mi vida es una lucha continua. Ahora estoy aquí, porque Jacques ha vuelto de Urano. Y estoy resuelta a que no se me escape. ¿Podemos cenar con vosotros?

—¡Naturalmente! Hemos venido porque Jean Pierre necesitaba un poco de distracción. Realiza un trabajo muy absorbente.

—Pues encantados todos. ¡Esto sí es una casualidad! ¿Verdad que mi oficial es apuesto, Madeleine?

—Por favor, Ivette. Harás que me sonroje —dijo Jacques.

A los pocos minutos, los cuatro departían en franca camaradería.

Y mientras tres sanitarios del Nosocomio de Dourdan, utilizando un vibrador ultransensible de «ondas neocéntricas» —un complicado aparato que llevaban sobre, al parecer, una inocente mesa móvil de operaciones—, se acercaban a los laboratorios experimentales privados.

Dos empleados de vigilancia fueron insensibilizados por la descarga voltaica de un arma. Luego, ocultados detrás de un mostrador de recepción.

Inmediatamente, los tres intrusos irrumpieron en el control de precintos de seguridad, donde otros dos empleados del Nosocomio fueron reducidos.

—¡Aprisa, Mosha! —dijo uno de ellos—. Desconecta el «precinto rojo»… Uly, coloca la clave al vibrador.

Se movieron todos con la precisión de técnicos. El control de precintos era un lugar propio para ingenieros de seguridad electrónica. Un profano habría podido causar un verdadero caos dentro del complejo del hospital.

Sin embargo, el llamado Mosha conocía su trabajo. Examinó una esquema electrónica que había sobre un panel inclinado y luego presionó varios dispositivos de otro tablero de control.

—Listo —dijo—. Tenemos cinco minutos para anular el acceso al laboratorio «A».

—Vamos.

Salieron casi atropelladamente. El muro que les cerraba el paso poco antes se había descorrido silenciosamente, franqueándoles la entrada a los laboratorios privados.

El «sanitario» que daba las órdenes, provisto ahora de un arma de descarga voltaica, se quedó en la entrada del control de precintos, mientras Mosha y Uly se alejaban con la mesa móvil donde estaba el vibrador, para utilizarlo en la entrada del laboratorio «A».

Uly se detuvo exactamente en el lugar donde estaba la invisible puerta. Colocó la mesa frente al muro y presionó varios mandos.

—¡Al suelo, Mosha! —gritó, al mismo tiempo que se arrojaba sobre el piso móvil.

El aire del pasillo se agitó con la tremenda vibración que repercutió en los dispositivos interiores de la puerta, la cual pareció enrojecer, como si le hubiesen aplicado un potente soplete invisible.

Luego el metal se fundió, dejando un boquete por el que podía

entrar y salir una persona.

—¡Enfríalo! —gritó Uly.

Mosha se levantó y accionó los mandos del potente vibrador.

También su compañero se había levantado, acercándose al boquete y mirando a través de él. Dentro del laboratorio «A», tendido sobre la mesa antigravitacional, yacía el cuerpo mecánico creado por el escultor Paul Lassay.

El metal de la puerta violentada se enfrió rápidamente. Una descarga invertida del vibrador estaba obrando el milagro. Debido a esto, Mosha y Uly pudieron penetrar en el laboratorio y acercarse a donde yacía el cuerpo rígido.

—¡Levántalo de los pies! —dijo Uly.

Entre ambos levantaron el cuerpo mecánico, que pesaba unos treinta kilos, y salieron precipitadamente, corriendo por el pasillo, hasta reunirse con el tercer sujeto que esperaba en la sala de control de precintos.

—¡Fase de escape, Cretto! —gritó Uly—. Desconecta la iluminación general.

El llamado Cretto saltó hacia el tablero y presionó un pulsador. Se oyó un fuerte chasquido en el relé del circuito general… ¡Y todo el Nosocomio de Dourdan quedó enteramente a oscuras!

No funcionó ni siquiera la acometida de emergencia. En los quirófanos dejaron de funcionar infinidad de aparatos, lo que costó la vida a numerosos enfermos. Varias operaciones hubieron de ser suspendidas y algunos pacientes murieron por ello.

El desconcierto no pudo ser mayor. Un hospital general como el de Dourdan no podía quedarse sin energía eléctrica ni un solo segundo, o se ponían en peligro muchas vidas.

—Nada de esto importó a «Kay, el cerebro organizador de aquella arriesgada maniobra de secuestro de un cuerpo en situación experimental. Para «Kay» las vidas de los paganos carecían de importancia.

Lo realmente vital era rescatar a «Leo».

Y gracias a la audacia y la serenidad de los tres sujetos enviados a realizar la operación, el cuerpo mecánico, con cerebro humano, pudo ser sacado del Nosocomio e introducido en un «moviplano» sanitario, del servicio de accidentes, gracias a que la oscuridad era total en el recinto.

* * *

Marcel Gallard, funcionario del cuerpo de policía, estaba sentado ante un tablero de trabajo, provisto de media docena de pantallas de control remoto, a través de las que realizaba sus trabajos de

investigación oficial, sin necesidad de moverse de su despacho.

El coordinador «Kraft» le permitía centrar la imagen de sus pantallas en un punto determinado, dentro de un radio de acción que comprendía Dourdan y sus alrededores.

El jefe del servicio de vigilancia acababa de comunicarle, por teleimagen:

—Gallard, algo ha ocurrido en el Nosocomio general. Ocúpese usted del caso.

Marcel Gallard, ataviado con el impresionante «buz» negro de la policía, con galones de oficial primero, rasurada cabeza que cubría con un casco protector y sin ninguna clase de tatuajes, presionó los mandos de su tablero, centró la imagen de la pantalla central y se orientó, maniobrando los diales, hacia donde estaba situado el hospital, que aún se encontraba completamente a oscuras.

Gallard hubo de emplear los dispositivos infraoscuros para que las ondas receptoras de la imagen pudiera llevar hasta él una visión, más o menos nítida, de lo que ocurría en el interior del hospital.

La pantalla de la policía era temiblemente indiscreta. Podía penetrar la onda de recepción hasta en los más recónditos secretos, sin necesidad de que nadie estuviese presente con una cámara tomavistas. Por esto, nadie más que la policía disponía de coordinador «Kraft», que estaba destinado a servicio de investigación y vigilancia exclusivamente.

Ya hacía tiempo que la policía había abandonado las calles. Ahora todo el servicio se efectuaba desde las estaciones locales, donde los funcionarios, utilizando medios ultramodernos, realizaban su trabajo a los pocos minutos de producirse un delito.

Y delito era lo que había ocurrido en el Nosocomio, como Gallard, siguiendo a un consejero de la junta del hospital, pudo apreciar en la sala de precintos, donde unos médicos intentaban reanimar a los empleados atacados.

Gallard situó sus ondas cerca de aquel grupo. Alguien llevaba una poderosa antorcha electrónica. Otros trabajaban por reparar la avería.

Y en aquel instante se hizo la luz.

—¡Yaaa!

—¡Han practicado un agujero en la puerta del laboratorio «A»!

—¡Allí trabajaba el doctor Drouet! —habló un consejero del hospital.

—¡Vengan!

Gallard también siguió, modificando la longitud de frecuencia del coordinador, a los hombres que se dirigieron al laboratorio afectado.

—¡El hombre mecánico del modelista Lassay ha desaparecido! —exclamó un sanitario.

—Avise al doctor Drouet inmediatamente.

—¿Ha sido advertida la policía? —preguntó otro.

—Sí. Lo ha hecho el señor Grover. Ya debe de estar investigando.

Gallard sonrió. Casi siempre ocurría así. Pero aquellos hombres se obstaculizaban su misión. Él pudo apreciar perfectamente los desperfectos causados en la entrada del laboratorio.

Por esto comunicó con su superior, conectando la pantalla interior.

—Señor —empezó diciendo—, estoy investigando en el laboratorio «A» del Nosocomio. Parece ser que se ha efectuado un robo. Han utilizado un vibrador ultrasensible de ondas «neocéntricas», fundiendo la entrada. Debieron antes, sin embargo, desconectar los precintos secretos de acceso.

»Para escapar, llevándose un hombre mecánico, en el que trabajaba el doctor Drouet, han apagado las luces.

—¡Eso habrá producido un caos dentro del hospital! —exclamó el jefe de Gallard.

—Mucho me temo que así sea, señor.

—¿Han escapado los culpables?

—Eso parece. Efectuaré un reconocimiento a fondo. Si han huido, avisaremos al control exterior de emergencia.

—Bien, Gallard. Investigue a fondo el asunto y manténgame informado. Con seguridad, el gobernador querrá saber noticias. ¿Qué opina usted?

—Todavía es prematuro, señor. Necesito ampliar datos.

—De acuerdo. Hágalo.

Gallard se dedicó, a partir de aquel instante, a explorar el hospital y sus alrededores, recogiendo retazos de conversaciones, vistas del lugar donde actuaron los transgresores de la ley, captó y fijó copias de la imagen, para el archivo del caso.

Luego procedió a las investigaciones secundarias, empezando por llamar a la Sección de Localización, para que le dijesen dónde estaba en aquel instante el doctor Drouet.

—Localicen también al escultor mecánico Paul Lassay —añadió Gallard—. Es sobradamente conocido.

—Sabemos que está en el «Olimpic», de París, presenciando el estreno de «Multimúsica». Ocupa el palco doscientos ocho —fue la respuesta inmediata—. El Servicio de Difusión Pública está transmitiendo el «premier» y nos ha ofrecido un plano de los palcos.

—Hagan el favor de avisarle que se comunique conmigo inmediatamente. Denle mi control de llamada. Es urgente.

No había transcurrido cinco minutos, cuando la pantalla visora de comunicación exterior se iluminaba, apareciendo en ella el rostro amarillento y los ojos blancos del famoso modelista Lassay, cuya expresión parecía altamente preocupada.

—Perdón, señor Lassay —le habló Gallard—. Siento haberle

molestado en este momento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lassay.

—Soy el oficial Gallard, del servicio de policía de Dourdan. Resulta que ha ocurrido algo en el Nosocomio de este departamento.

—¿Qué? —bizqueó Paul.

—Han violentado el laboratorio «A», llevándose un muñeco con el que trabajaban usted y…

—¡Leo! —exclamó Paul Lassay—. ¡Se han llevado a Leo!

—Por favor. Necesito que me dé usted toda clase de detalles. Estamos investigando y hemos de aprehender a los culpables. También me interesa localizar cuanto antes al doctor Drouet.

Paul Lassay, muy nervioso, dijo todo lo que sabía:

—El doctor Jean Pierre Drouet pidió mi colaboración para una experiencia revolucionaria. Quería construir un hombre mixto, o sea, un ser mecánico con cerebro humano. La idea me gustó y nos pusimos al trabajo, recabando los permisos correspondientes de la Comisión Legal. Obtuvimos un cerebro del Archivo Médico y Jean Pierre se ha cuidado del trasplante.

»Eso es todo. El trabajo estaba casi terminado, aunque faltaban algunas cosas.

—¿Cómo puede funcionar un cerebro humano en un muñeco?

—Se trata de un modelo muy perfeccionado… Un robot auténtico, con un dispositivo de riego sanguíneo para el cerebro. Yo, realicé el cuerpo y Jean Pierre le ha puesto el cerebro, utilizando circuitos mixtos.

—¡Fantástico! —no pudo por menos que exclamar Gallard.

Paul Lassay tenía más cosas que decir. Y habló atropelladamente. Lo contó todo, incluso dijo a quien había pertenecido el cerebro.

## Capítulo III

Jean Pierre Drouet estaba mirando a los rosados ojos de Ivette Morlain, sonriendo divertido, cuando sintió que la cabeza empezaba a girarle. Fue una súbita e inesperada sensación de vértigo que se disipó casi instantáneamente.

Ignoraba que, a su lado, Madeleine Arcenis había experimentado la misma sensación. Sin embargo, no pudo volver el rostro hacia ella… ¡Tampoco pudo moverse de su asiento!

Sólo los ojos rosados de Ivette le miraban.

Ella habló, de pronto, con voz extraña:

—Vámonos de aquí, doctor Drouet. Ha sido un placer conocerle… Usted y Madeleine están dominados por mi poder hipnótico. No intenten resistirse. Hemos empleado este medio de contacto, gracias al hecho de que Madeleine fue amiga mía.

»En caso es que le necesitamos, doctor Drouet. Y tenemos que irnos cuanto antes. Vendrá usted conmigo a las pistas de despegue, donde nos aguarda un «RSC»… ¡Vaya usted delante de mí!

Jean Pierre se levantó. Su voluntad estaba dominada, igual que le ocurría a Madeleine. No tuvieron más remedio que abandonar el mirador, junto al lago plateado, para dirigirse, caminando como autómatas, hacia donde se encontraba la instalación de vehículos, terrestres y aéreos.

Allí, dirigidos por Ivette, a la que seguía de cerca su compañero, Jacques Villé, se acercaron a un hangar especial, que estaba con la entrada abierta y mostraba un moderno «RSC», de vuelo interestelar.

Un hombre estaba ante la portezuela. Sin decir una palabra, aquel individuo ayudó a Jean Pierre a entrar en el aparato, y lo mismo hizo con Madeleine.

—Échense ahí, doctor —ordenó Ivette, gravemente, señalando el compartimento trasero, donde había dos asientos extensibles, provistos de correas metálicas, como las usadas en las ambulancias sanitarias, para llevar enfermos o locos.

Sin rechistar, Jean Pierre y Madeleine obedecieron. El hombre que había entrado con ellos procedió a sujetarles manos, pies y cuello, mientras que Jacques se sentaba ante los mandos y ponía en marcha el «RSC».

Ivette se sentó junto a Jacques y accionó el mando giratorio del sillón, volviéndose a la pareja aprisionada.

—Despega, Jacques. Ya sabes dónde vamos… En cuanto a ti,

Madeleine, es mejor que te hable claro. Soy miembro de la Secta «Ondine». Dirijo mi trabajo en el instituto de belleza, gracias a la ayuda prestada por la secta a la que pertenezco.

» «Kay», nuestro Sumo Sacerdote, me ha dado la orden de llevarme a tu novio. Te confieso que ignoraba tu relación con él. Al verte, me alegré y me entristecí a un tiempo, porque el haberte encontrado ahora, en estas circunstancias, sólo nos deja un camino a seguir.

»Nadie puede conocer nuestros secretos, Madeleine. Y por eso habrás de morir, junto con tu novio… ¡A menos que aceptes ser miembro de nuestra secta, hagáis los juramentos del rito y aceptéis someteros a obediencia!

»Sé que «Kay» necesita algo que está realizando Jean Pierre Drouet. Un grupo de nuestros fieles están en este momento en el Nosocomio apoderándose del trabajo de Paul Lassáy y Jean Pierre Drouet. Debemos llevaros al Templo Sagrado de Tla-xa-kay, donde se os dirá lo que debéis hacer.

»No opongáis resistencia alguna. Podéis oírme, pero no podéis hablar. Dentro de unos instantes, os devolveré la facultad de volver a ser vosotros mismos. Entonces podremos hablar. Pero pensad que, si intentáis resistiros, Kegg os causará daño.

—Están bien sujetos —habló el hombre, al que aludía Ivette—. No puede hacer nada.

Entretanto, Jacques Villé había sacado el aparato del hangar y lo remontó al aire, sin ruido, gracias a sus reactores de absorción sónica, para efectuar una evolución sobre el Complejo Mayer, y luego dirigirse hacia el sur, a gran altura, fuera del alcance de las líneas habituales de navegación aérea.

Una velocidad supersónica de 12 «mach», apenas percibida dentro del moderno aparato, le situó en pocos instantes sobre una región desértica de los Pirineos franceses. Allí el diestro piloto accionó los mandos y deceleró. Luego se inclinó sobre una pequeña pantalla de orientación, hasta distinguir un punto rojo, invisible en el exterior para el ojo humano.

Situó aquel punto en el centro de un círculo, manejando los controles, y empezó a descender.

El «RSC» terminó por posarse en un claro, entre altos pinos y montes altísimos, donde había una nave espacial, tipo discoidal, conocida todavía por el sobrenombre de «platillo estelar».

La nave era de grandes proporciones y estaba inmóvil. Varios extraños personajes, cubiertos con capuchones negros, se acercaron. De la nave grande surgía una luz verdiblanca suficiente para iluminar el paraje.

Dentro del «RSC», Jean Pierre Drouet y Madeleine Arcenis recobraron en aquel instante la facultad de moverse y hablar. Ella fue

la primera en exclamar:

—¡Bruja, esto tendrás que lamentarlo!

—Serénate, Madeleine —dijo Ivette, impasible—. Cumplo órdenes.

—¿Por qué nos traen aquí? —preguntó Jean Pierre.

—Ya le he dicho todo cuanto sé, doctor —contestó Ivette—. Ahora pasarán a otra nave. Kegg, desátales, por favor.

Jacques Villé abrió una guantera y sacó dos capuchas. Él se puso una y la otra se la dio a Ivette. Luego descendió del «RSC» y saludó a los otros encapuchados que allí había, todos vistiendo ropas de moda, tatuajes y exóticos adornos.

Ivette Morlain descendió detrás de Jacques.

—¿Dónde está «Kay»? —preguntó a uno de los encapuchados.

—En la cámara. Te espera.

—Bien. Llevad a esa pareja al interior de la nave. Iré a ver a «Kay». Me he visto obligada a traer dos personas. Tengo motivos personales de seguridad para haber desobedecido el mandato.

—Perfectamente, Ivette Morlain. Habla con «Kay». Él te escuchará. ¡Vamos, sacad a esos dos!

Kegg no se hizo repetir la orden. Desató primero a Madeleine, la cual fue sujetada inmediatamente por recias y rudas manos, que la sacaron casi en volandas.

—¡No hacedle daño, malditos! —gritó Jean Pierre, frenético.

—Cállese, doctor. Nadie piensa hacerles daño.

Otras manos sujetaron a Jean Pierre, sacándole del aparato y conduciéndole hacia la entrada de la nave espacial, por un pasillo en rampa ascendente, hasta penetrar en una cámara de regulares dimensiones, donde habían dos puertas abiertas que daban a compartimentos aislados y completamente desprovistos de mobiliario.

Antes de ser arrojados allí dentro, se les despojó de sus dispositivos de control cibernético y se les registró, por si llevaban algo bajo las ropas.

Luego la puerta del compartimento de Jean Pierre se cerró y se hizo una débil luz en el techo. Entonces vio el recuadro oscuro de una pantalla de comunicaciones. Pero estaba apagada.

Furioso, estuvo unos minutos golpeando las paredes metálicas con los puños, para apoyar en ellas la cabeza.

«Quieren a Leon Verrier, estoy seguro. Éstos son sus seguidores. ¡La Secta «Ondine»! Ya me temía que pudiera ocurrir algo así. Han debido enterarse de que estaba trabajando en el cerebro de su predecesor y desean rescatarle… Estoy seguro de que exigirán que termine el trabajo… ¡Pero no lo haré! ¡Jamás!»

Jean Pierre Drouet se sumergió de nuevo en un sombrío mutismo, del que fue sacado, minutos más tarde, por un zumbido suave dentro del compartimento donde se encontraba.

Levantó la cabeza y vio iluminarse la pantalla que había junto al techo. No se movió cuando apareció el primer plano del encapuchado de los ojos rosados.

—Buenas noches, doctor Drouet —habló aquel sujeto siniestro, con voz suave—. Me alegro de conocerle. ¿Qué tal se encuentra?

—Exijo que me saque inmediatamente de aquí y me devuelvan al lugar donde me hallaba antes.

—Mucho me temo que eso ya no sea posible, doctor Drouet. No podrá usted volver a Dourdan a menos que… Bueno, permítame presentarme. Soy «Kay», Sumo Sacerdote de la Secta «Ondina». Ya estamos en el hiperespacio, viajando en una órbita abierta, fuera de las órbitas normales de comunicación espacial. Esto nos ocasiona cierto retraso en nuestros desplazamientos, pero nos evita encuentros con las Fuerzas Astronáuticas, las cuales debemos eludir.

»Le recomiendo que tenga usted un poco de paciencia. Dentro de unos días llegaremos a nuestro destino, en la región centromeridional de Marte.

»Le llevamos a uno de nuestros Sagrados Templos. Le supongo enterado de que las antiguas civilizaciones marcianas eran profundamente religiosas.

—¿Y ustedes quieren resucitar aquellas abominables prácticas de hechicería?

—Nosotros poseemos el Sagrado Poder del bien y del mal, doctor Drouet —contestó «Kay», con solemnidad—. Nos fue legado por Tla-xa-kay.

—¡Eso es una aberración abominable! —exclamó Jean Pierre.

—No lo crea, por favor. Nosotros vamos a demostrarle lo contrario. Poseemos la magia para ver y escuchar a nuestros muertos… Tenemos el consejo inimitable del Poderoso Tla-xa-kay… ¡Todo eso podrá usted verlo en una de nuestras ceremonias sagradas!

—¡Me niego en redondo, tajantemente, a secundar sus disparatados planes, quienquiera que usted sea!

—Soy un hombre sencillo, créame —respondió «Kay»—. Sólo ante los espíritus del gran pueblo «Kay-on», elegido por su Poderoso Tla-xa-kay, me transformo y recibo el influjo supremo que me permite dirigir la secta.

»Sí, doctor Drouet. Ahora no soy más que usted. Mortal y transitorio, efímero como el polvo. Pero no importa.

»Hablemos de hombre a hombre. Mi juramento me prohíbe mostrar el rostro a mis fieles. No debemos conocernos, a menos que, en beneficio de nuestros hermanos, sea necesario actuar entre los paganos. Y usted es un pagano.

—¡Déjese de bobadas y defínase! ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me han traído aquí?

—Le necesitamos, doctor Drouet.

—Pues no cuenten conmigo para nada.

—Tendré que obligarle a cambiar de idea, doctor Drouet. Y será con profundo pesar. Queremos que termine usted su trabajo. Tenemos aquí a Leon Verrier, nuestro Hermano Sagrado.

»Nosotros fuimos los que, confiando en sus grandes conocimientos, le hicimos llegar el cerebro de Verrier, que guardábamos desde hace tiempo en espera de devolver a la vida sus facultades. Hemos intentado hacer lo que usted ha hecho, pero, desgraciadamente, sin éxito. Y no por carecer de científicos.

»Tenemos en nuestra secta a verdaderos hombres de ciencia. Usted se asombraría si supiera el número y la calidad de nuestros fíeles hermanos. No somos una secta insignificante, como el gobierno quiere hacer creer al público.

»Somos muchos miles y estamos infiltrados en todas partes. Queremos instaurar las antiguas religiones de Marte, y lo conseguiremos.

»Disculpe, si me aparto del tema principal que a usted le atañe. Hemos seguido con interés su trabajo. Estamos seguros de su éxito. Pero también nos sentíamos intranquilos por su modo de pensar y temíamos que pudiera destruir a Verrier, por el simple hecho de ser quien es.

»Por eso le hemos traído aquí. Queremos que termine usted su trabajo y luego realice una serie de trasplantes que conviertan en hombres mixtos a destacadas figuras de nuestra secta. La muerte nos arrebata a numerosos genios. Usted puede conservarlos para servir nuestra causa y no la de ésa humanidad nefasta y pervertida que ha creado el Gobierno Universal.

—Yo trabajo para la ciencia, no para un grupo de fanáticos enloquecidos por el pasado —contestó Jean Pierre.

—Usted trabajará para nosotros, ¡o no lo hará para nadie! —replicó «Kay», secamente.

—¿Me amenaza?

—Sí. Haga lo que quiera. Tenemos medios suficientemente poderosos para convencerle. Podemos anular su voluntad, destruirle, transformarle en un autómata débil y sumiso —habló «Kay», sentenciosamente—. Y usted sabe que podemos hacerlo. Sin embargo, creo que no será necesario recurrir a esos medios penosos, habiendo una solución mejor.

—¡No hay droga ni tortura que me domine en el terreno profesional! Usted podrá anular mi voluntad, pero matará mi espíritu investigador… ¡Y no podrán obligarme a que realice mi trabajo!

—Creo que sí, doctor Drouet —replicó «Kay», sin inmutarse—. Hay un medio sencillo. Y, si me permite, se lo expondré. Es la solución

mejor.

—¿Cuál?

—Que acepte usted, voluntariamente, pertenecer a nuestra secta;

—¡Jamás!

—Puedo asegurarle que somos millones. El proselitismo inicial se ha convertido en un vehemente deseo de las gentes por conocer nuestros secretos. Hemos tenido que frenar los ímpetus de nuestros hermanos, para salvaguardar nuestra supervivencia. Somos más de los que quisiéramos.

»Con usted podemos hacer una excepción. Sería un Hermano Sagrado, como Leon Verrier. Y pronto se convencerá del inmenso prestigio que eso proporciona entre nosotros. Formará parte del Consejo de la Secta, tomará parte en las deliberaciones secretas, etcétera. Por ahora no puedo decirle nada más.

»Y, en el orden práctico, pertenecer a «Ondina» le proporcionará beneficios inimaginables. Poseemos todo el dinero que deseamos. Disponemos de influencias insoslayables, dentro y fuera del Gobierno.

—¡Pero están fuera de la ley! —exclamó Jean Pierre.

—Muchos de los ineptos e inútiles gobernantes que nos han declarado fuera de la ley quisieran pertenecer a nuestra secta, doctor. De eso estoy seguro y puedo darle buenas pruebas.

»Usted mismo tropieza con dificultades en su trabajo, porque la Comisión Legal Universal no está muy convencida de que sus investigaciones sea de orden práctico. Puede ocurrir que, una vez realizado el experimento de revivir el cerebro de un difunto en un cuerpo mecánico, surja algún ambicioso político y, con maquinaciones, haga destruir todo su esfuerzo.

»En cambio, lo que nosotros aceptamos en el Consejo de la Secta es acatado y cumplido. Nos ayudamos mutuamente, nos defendemos, tenemos fuerza y poder, riqueza, y donde la ley nos prohíbe algo, nosotros actuamos contra la ley, ¡porque tenemos más fuerza que ella!

—Eso me permito contradecirlo.

—No importa, doctor Drouet. Quizá pronto se convenza de todo lo contrario. Cuando nos conozca mejor, cambiará de idea. Ahora déjeme darle un buen consejo. Acepte ingresar en la secta y no se arrepentirá nunca. Como miembro de «Ondina» será usted libre de practicar sus experiencias.

—Me niego rotundamente —contestó Jean Pierre, con entereza.

—En ese caso, aténgase a las consecuencias —replicó «Kay» rabiosamente—. Es usted nuestro prisionero. ¡Y la primera en ser sacrificada va a ser Madeleine Arcenis!

—¡No! —chilló Jean Pierre. Se puso de pie de un salto y extendiendo los brazos hacia la pantalla donde aparecía la terrible imagen—: ¡A ella no le hagan nada!

—Usted será testigo y culpable de su muerte.

* * *

Jean Pierre permaneció largas horas encerrado en aquel estrecho compartimento, donde no le dieron ninguna clase de alimentos. Tampoco se volvió a encender la pantalla. El silencio y la soledad eran obsesionantes.

Sabía lo que querían de él y temblaba ante las terribles amenazas de «Kay», respecto a la inocente Madeleine. También intentó pensar en el modo de salir del apuro en que se hallaba.

«No puedo aceptar las exigencias de estos fanáticos… ¡No! —pensó, desesperado—. Indudablemente, poseen medios y fuerza para conseguir lo que se proponen. Pero yo no puedo ser cómplice de sus abominables maquinaciones.

»Esta gente practica el culto al pasado, a la ignorancia, a la depravación y la locura… ¡Son asesinos que pretenden regir el Universo entero por medios esotéricos y malditos! ¡El culto al pasado, a la ignorancia, a la superstición y a los espíritus maléficos!»

Por otro lado, Jean Pierre ignoraba realmente lo que era la Secta «Ondina». Sólo tenía la versión oficial. Se trataba de un grupo de locos, seguidores de un supuesto dios, llamado Tla-xa-kay, que existió cientos de miles de años atrás, cuando Marte era un planeta habitado.

La civilización marciana había sufrido profundas transformaciones. Fue un mundo atormentado, infinitamente peor que la civilización terrestre, dado que el poder y la fuerza siempre estuvo detentada por reyes déspotas e implacables.

Cuando las primeras naves espaciales terrestres llegaron a Marte, a últimos del siglo XX, se encontraron con vestigios civilizados enterrados bajo el polvo cósmico. Los arqueólogos desenterraron aquellos restos y pronto se conoció la historia de lo que había sido el sufrido y desaparecido pueblo «tenko».

Después se descifraron sus escritos, pudieron reproducirse las grabaciones sonoras y se vieron sus narraciones. La verdad quedó al descubierto: *En Marte había existido la más vil de las esclavitudes.*

Go-reo, el déspota, liquidó a todo su pueblo, por el placer de sentirse solo. Él mismo, desde el interior de cámara protegida, envenenó el aire de todo el planeta. Allí murieron miles de millones de seres que habían vivido en ínfimas condiciones, siempre al servicio de sus amos.

La historia del antiguo Marte era horrenda. Y, sin embargo, incluso entre los humanos había gentes que la encontraban admirable, insuperable y maravillosa, alegando que aquél era el perfecto reinado.

La ciencia, el saber, la inteligencia, la riqueza, todo, estaba en

manos de un solo individuo, como Go-reo. Y si el hastío le dominaba, como un gigantesco Nerón, hacía que sus máquinas perfectísimas, aniquilase a sus súbditos, quedándose con un reducido grupo de siervas para crear una nueva raza.

En Marte, las hembras habían sido siempre muy pródigas y fértiles. Se podían tener entre diez y doce hijos por gestación. Y no era raro que una mujer diese vida a diez mil hijos.

Aquellos seres desgraciados fueron geófagos, o sea que se alimentaban de tierra y agua. Sólo servían para trabajar, y por eso habían construido los impresionantes templos subterráneos: algo inimitable, fastuoso e increíble.

Jean Pierre había visto fotografías de aquellos templos, dioramas en tres dimensiones de su arquitectura, y sabía que nadie podía superar aquel trabajo marciano. Los «tenkos» sólo habían sabido sufrir y trabajar. Vivieron como hormigas y sus vidas fueron un martirio horrendo.

La Secta «Ondina», compuesta de simpatizantes y seguidores de los sagrados ascetas marcianos, pretendía instaurar en todos los planetas del sistema solar un régimen neocrático como el que había existido en Marte miles de años atrás.

Consideraban que sólo los espíritus que han sufrido mucho en vida pueden reencarnar en determinados descendientes.

Por esto, el Sumo Sacerdote de la secta, «Kay», aspiraba a convertirse en el Supremo Dios Tla-xa-kay, que regiría, en segunda dinastía teocrática, a todos los seres del Universo.

Jean Pierre Drouet sabía que «Kay» estaba enteramente loco.

## Capítulo IV

El oficial Marcel Gallard, relevado de su puesto de observación en el coordinador «Kraft», detuvo su coche particular ante la bonita casa en que vivía la esposa de Paul Lassay.

Descendió del vehículo y observó brevemente la terraza y el jardín artificial. Era un lugar precioso y caro. Naturalmente, todo aquello lo pagaba Paul Lassay, a quien la comisión legal prohibía vivir oficialmente con su esposa, por encontrarse ambos en primera fase matrimonial.

Todo esto lo sabía el funcionario de policía. Y sabía más, ¡muchas cosas más que había averiguado a través de sus pantallas de vigilancia!

También sabía que la máquina doméstica que salió a abrirle la puerta se llamaba HilI-6, y era un robot metálico, muy costoso, capaz de realizar todas las labores de una casa moderna sin fatigarse.

—Deseo ver a la señora Lucé —dijo Gallará.

—Pase, oficial —respondió Hill-6, impersonalmente.

Gallard entró en un amplio y confortable salón convertible. Tomó asiento en un sillón tensor y no pudo evitar la tentación de tomar, de una bandeja, un canapé de fresa helada que estaba allí para los visitantes.

No hubo de esperar mucho. Vivienne Lucé, cubierta con una especie de capa sutil y semitransparente, apareció al descorrerse una puerta que daba al solarium.

Marcel Gallard no se movió de donde estaba sentado. Sonrió amablemente y esperó a que la exótica mujer estuviese frente a él, para decir:

—«Tenko» revive.

—«Tla-xa-kay» nos protege. —Vivienne Lucé sonrió y tomó otro asiento, frente a su visitante—. ¿Quién eres?

—Marcel Gallard, oficial de policía de este departamento.

—¿En qué puedo servirte, hermano?

—Estoy encargado del suceso acaecido anoche en el Nosocomio.

—Entiendo. ¿Has hablado con «Kay»?

—No. Me han dicho que ha regresado a Marte.

—Así debe ser. La misión ha sido realizada. El

Consejo de la Secta consideró importante el trabajo del doctor Drouet.

—¿Pertenece tu marido también a la secta?

—No lo sé. Si pertenece, no me lo ha dicho jamás —contestó Vivienne.

—Me encuentro en un apuro grave. Mi trabajo es delicado. Hubiese preferido que otro compañero ocupase mi puesto en la investigación. Si mis jefes sospechan negligencia o descuido, indagaran y… Es inadmisible un desliz.

—Sí, sería grave. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Yo no puedo abandonar mi trabajo. Necesito instrucciones concretas al respecto. «Kay» debió avisarme.

Vivienne Lucé quedó pensativa unos instantes. Luego preguntó:

—¿No puedes establecer contacto directo con la morada de «Kay» en París?

—Prefiero que lo haga otro.

—De acuerdo. Yo misma lo haré. Quédate un momento aquí.

Vivienne Lucé se puso en pie y abandonó el salón, penetrando, a través de una puerta que se cerró y se abrió a su paso, en una estancia reducida, donde había un visófono particular, de onda privada.

Efectuó una llamada y en la pantalla apareció una imagen encapuchada.

—¿Qué ocurre, Vivienne Lucé?

Ella explicó el caso del oficial Gallard, sin omitir detalle. Luego esperó.

—«Kay» está muy ocupado ahora. Te pondré con su ayudante nueve. Aguarda un instante.

La imagen encapuchada desapareció de la pantalla unos instantes, para surgir otra de las mismas características. Ante ella hubo de repetir Vivienne el problema de Marcel Gallard.

—Perfectamente —dijo la voz del hombre oculto tras la capucha—. Dile a Gallard que ha cumplido bien. En recompensa, será perpetuado su cerebro. Debe dirigirse al laboratorio del doctor Cremet. Él sabe dónde está. Allí será destruido su cuerpo y conservado su cerebro. Necesitamos cerebros para los trabajos del doctor Drouet. Tú también podrías ser útil, Vivienne Lucé.

La mujer no se inmutó siquiera.

—Haré lo que me mandéis. Pero… ¿cuál es la vida de un cerebro trasplantado?

—Si nuestro cuerpo no tuviese las taras y dolencias que nos aquejan, la vida del ser humano podría ser de doscientos cincuenta años, Vivienne. Nuestros cerebros son mucho más longevos. Les privamos de las dolencias del cuerpo y les ayudamos a sobrevivir hasta quinientos años.

—Pero un cuerpo sin goces…

—¡Calla, Vivienne! —exigió la voz del encapuchado—. Hemos de liquidar los goces… ¡Sólo el espíritu puede reencarnar! En los

Profundos Arcanos no existen goces ni perversión. Todo eso es morbo, suciedad y locura. Tú lo verás.

—Sí —musitó Vivienne.

—Haz lo que te digo. Ve con Gallard a ver al doctor Cremet. Él os liberará de vuestro cuerpo insano y remitirá vuestros cerebros a Marte.

—Sí.

¡Aquello significaba la muerte para Vivienne y Gallard!

* * *

Jean Pierre vio descorrerse la puerta. Cuatro hombres encapuchados esperaban fuera. Llevaba cadenas magnéticas engarzadas a un collar oculto por la capucha, que le caían casi hasta las rodillas.

Sus fuertes brazos desnudos estaban cruzados, en actitud pasiva.

Debajo de aquella singular vestimenta metálica sólo llevaban un taparrabos negro. Eran musculosos y altos, de recio tórax y bíceps impresionantes.

—Salga usted, doctor Drouet —dijo uno de ellos.

Jean Pierre comprendió que no podía resistirse. Luchar contra aquellos hombres habría sido inútil. Salió del compartimiento. Los cuatro personajes se situaron en torno a él y le condujeron hacia un pasillo que había al otro lado de la cámara de acceso al «platillo estelar».

A la derecha del pasillo había una puerta abierta. Antes de entrar ya vio Jean Pierre el cuerpo de Leo, tendido sobre una mesa. También vio a Madeleine, sentada en una silla metálica, sujeta con abrazaderas flexibles.

Y detrás de la mesa, cubierto hasta los pies por un ropón holgado, de color carmesí, encapuchado y con un distintivo extraño en el pecho, estaba «Kay».

—Acérquese, doctor Drouet —habló «Kay»—. No tema nada… Leon Verrier desea hablarle.

—¡Que nos maten, si quieren, pero no les ayudes, Jean! —exclamó Madeleine, con acento desgarrado.

Él miró a su prometida, en cuyas acciones se percibía el sufrimiento. No tenía signos de haber sido maltratada, pero sus ojos parecían haber perdido su color escarlata y los dibujos de su piel amarilla parecían desvaídos y faltos de cuidado.

Como él, Madeleine debió permanecer muchas horas encerrada.

—No te preocupes, amor mío —contestó Jean Pierre, sereno—. No pueden hacernos daño… ¡Me necesitan!

—Sí…, te necesitamos, doctor Drouet —habló la voz hueca y

extraña del cuerpo mecánico tendido sobre la mesa antigravitatoria que había en el centro—. Tiene… que terminar… su trabajo.

«Leo» pronunciaba con dificultad, lentamente. Jean Pierre, empero, le entendía a la perfección.

—No lo terminaré —dijo Jean Pierre, con firmeza—. Me han traído aquí contra mi voluntad… Soy un prisionero ilegal, y protesto enérgicamente.

—Permítame decirle, doctor Drouet, que la señorita Madeleine pagará las consecuencias de su negativa.

—¡No se atreverán a causarle el menor daño!

—¿No? —«Kay» se movió lentamente, hasta situarse detrás de donde estaba sentada la joven.

Jean Pierre inició un movimiento, para arrojarse contra aquel sujeto encapuchado, pero sus cuatro guardianes le sujetaron con fuerza inusitada.

—De su novia podemos dejar sólo el cerebro —dijo «Kay», poniendo su mano sobre la cabeza de Madeleine.

—¡No, eso no! —chilló Jean Pierre, debatiéndose entre sus captores.

—Aprecia usted mucho a Madeleine Arcenis —continuó «Kay», inflexible—. Y voy a decirle que está sentada sobre una silla de cadmio. Tenemos corriente vibratoria aplicada a esta silla. ¿Conoce los efectos de las ondas «neocéntricas» sobre el cadmio?

Jean Pierre palideció, hasta tornarse blanco.

—La verá usted morir. Quedará fulminada en una centésima de segundo… Es fácil. Una radiación de un micro-segundo es fatal. Sólo su mente quedará aletargada, pero habremos de trepanarla para poder conservar su cerebro.

Luego usted podrá trasplantarlo a un cuerpo mecánico. Pero ya no será igual. Seguirá siendo ella, pero habrá dejado de existir como persona humana. Después de todo, es un recurso.

»Nosotros queremos a Leon Verrier. Y como resulta imposible tenerle entre nosotros, porque su cuerpo fue destruido, nos contentamos con su inteligencia. Después de todo, y bien analizado, es lo que más vale.

»Él puede aconsejarnos, dirigir y orientar. Es mucho talento inerte.

—¡Ya le tienen ahí! ¡Adórenle! —gritó Jean Pierre, empezando a flaquear—. Pueden escucharle y verle… ¡Yo he revivido su cerebro!

—Queremos un poco más de su ciencia, doctor Drouet —insistió «Kay», inflexible—. O termina su trabajo en nuestra presencia, sin que Verrier sufra el menor daño, ¡o habrá de experimentar con la masa encefálica de su adorada Madeleine!

Jean Pierre no pudo evitar un sollozo de ansiedad. Luego se rindió. Él no quería la muerte de Madeleine.

—Sí… Lo haré. Pero no le hagan daño a ella —balbuceó.

—De acuerdo. A partir de este momento, tanto usted como Madeleine Arcenis gozarán del privilegio de la vida. Y, si quisieran ingresar en nuestra secta, tendrán también el privilegio de la libertad.

—No, no, por favor. Ya basta —rehusó Jean Pierre—. Suéltenme. Haré lo que quieran… Sin embargo, necesitaré la colaboración de mi asociado, el modelista Lassay.

—¿Para qué? —preguntó «Kay»—. El trabajo de Lassay está hecho ya.

—Debemos efectuar la conexión de los circuitos que faltan.

—¿No puede hacerlo usted solo?

—Puedo intentarlo. Pero… Es Paul quien conoce ese cuerpo. Él lo construyó. Puedo equivocarme en algo.

—¡Niégate, Jean Pierre! —intervino Madeleine—. No te preocupes por mí. ¡Raptaran también a Lassay.

—¡No quiero que te maten, amor mío! Yo no aceptaría esta bajeza por nada en el mundo, excepto por ti.

—Muy conmovedor —dijo «Kay»—. Llévense a esta mujer. Usted permanecerá aquí, doctor. Haremos que venga Paul Lassay. Pero le advierto que tenemos modelistas mecánicos mejor que él. En lo sucesivo, el señor Lassay no intervendrá en estos trabajos. No es más que un exhibicionista.

Dos de los guardianes desataron a Madeleine y se la llevaron. «Kay» también salió. Los otros dos forzudos se quedaron junto a la puerta cerrada.

—Escuche, doctor… Drouet —habló entonces «Leo»—. Quiero moverme… con… soltura. ¿Lo… conseguirá… usted?

—Sí, confío en que así sea. Pero comprenda que fue Lassay quien hizo este cuerpo.

—Tengo… un… defecto… en… la… voz… Corríjamelo, por… favor.

—¿Cómo conseguiré el instrumental?

—Pídaselo… a… mis… hermanos.

Jean Pierre se volvió a los dos guardianes.

—Necesito algunos instrumentos especiales. ¿Cómo puedo conseguirlos?

—Avisaré al doctor Uly —contestó uno de ellos, mientras animaba el dispositivo de control cibernético que llevaba en su muñeca.

Como obedeciendo a un conjuro, la puerta se descorrió y entró, encapuchado, uno de los hombres que habían intervenido en el secuestro del Nosocomio.

—Estamos oyéndolo todo desde la sala contigua —dijo aquel sujeto —. Estoy a sus órdenes. Dígame lo que necesita y la máquina de transmutación nos lo enviará.

—En primer lugar, me hace falta un juego de sutura vitélica, para fibra tres, cuatro, seis y ocho.

Junto a la mesa donde yacía Leon Verrier se materializó una bandeja metálica. Luego, a través de un transmutador invisible, aparecieron los pequeños aparatos de soldar células que había pedido Jean Pierre.

—Quiero modificar la voz del paciente. Hay un desfase entre su mente y el mecanismo vocal —explicó el joven neurólogo.

Uly se situó a su lado. Entre los dos colocaron al paciente en posición invertida, para efectuar el ajuste interior de su «garganta».

Y de nuevo se encontró Jean Pierre, sin darse cuenta, absorto en aquel apasionante trabajo. Apenas si hablaba. Pedía los instrumentos que necesitaba y rechazaba los que no le servían.

Su tarea duró más de dos horas, al término de las cuales se incorporó y dijo a Uly:

—Pongámosle ahora en posición casi vertical.

La mesa antigravitacional era accionada por resortes situados en una cámara de control contigua, donde trabajaban varios técnicos auxiliares.

La indicación de Jean Pierre fue obedecida, y el cuerpo que albergaba la mente de Leon Verrier quedó inclinado y casi vertical.

Lassay había dado a su cuerpo mecánico unos rasgos casi humanos, aunque rígidos. Los ojos estaban protegidos por párpados vibrátiles y los labios no se movían, pero la boca se abría, permaneciendo abierta para hablar. Carecía de lengua y era un micrófono inversor de sonidos el que hablaba por él.

—Hable, por favor.

—¿Qué tal paciente resulto, doctor Drouet? —preguntó «Leo».

—Esto ha mejorado mucho. ¿Nota alguna fatiga?

—No. Ninguna. Ahora puedo pensar y hablar con facilidad. Me preocupa usted, doctor Drouet. ¿Quiere que le diga en qué se ocupa una mente aletargada?

—¿En qué? ¿Acaso quiere decirme que tiene recuerdo del tiempo que ha permanecido…?

—No. No quiero decir eso. Yo estaba muerto, mi mente no. De eso me doy cuenta ahora. Recuerdo constantemente el momento en que me introdujeron en el crematorio… ¡Eso fue mi muerte! ¡La sensación de ahogo y vacío la tengo aún grabada en la mente! No podré olvidarlo jamás.

—Puedo administrarle un calmante. Para ello hay que inyectar en la vejiga artificial del riego sanguíneo. Usted vive ahora gracias a eso.

—¿Cuándo podré accionar mi cuerpo?

—En cuanto… Lo siento por el señor Lassay. No le hará gracia venir hasta aquí. Le necesito a él.

—Comprendo. Espero que el fiel «Kay» logre traerle. Me ha asombrado mucho comprobar lo bien que marcha nuestra secta. Somos una organización perfecta —habló Verrier, con acento alegre—. Ellos se cuidaron de conservar mi cerebro.

—¿Cómo lo hicieron?

—Fueron comprados dos ejecutores de la ley. No dieron al horno todo el poder. Los médicos legales certificaron mi muerte y se fueron. Alguien debió retirar mi cerebro. Estaban seguros de utilizarlo más adelante. Y a ese fin trabajan nuestros neurólogos. Usted, empero, se adelantó a ellos. Su talento, aunque sea un pagano, es más despierto.

»Mi cuerpo fue enteramente incinerado y mis cenizas dispersas. Yo era un hereje, según la ley… ¡Cuán equivocados están!

—¿No le perjudicará el hablar tanto? —preguntó Uly a Jean Pierre.

Éste negó con la cabeza.

—En absoluto. Al contrario. Le favorecerá a despejar el letargo en que ha estado. Han sido casi diez años.

—Desde luego, es asombroso —no pudo por menos que decir Uly—. Lo estoy viendo y no acabo de creerlo.

—¿Le conocía usted? —preguntó Jean Pierre.

—No. Yo ingresé en la secta después de su ejecución. Le admiraba. Era el mejor arqueólogo de toda la humanidad.

—Halagos, hermano. ¿Por qué no te quitas la capucha?

—Soy técnico —dijo Uly—. Y este hombre es un pagano.

—No importa. Ningún daño puede haceros. Ya puede imaginar cuál será su destino. ¿No le importa quedarse para siempre con nosotros en los Templos Sagrados de Marte, doctor Drouet?

—¿Para siempre?

—Sí. Le necesitaremos siempre —dijo Verrier—. Sólo podrá regresar a la Tierra como miembro distinguido de la Secta. Y es lo único que hará el Consejo por usted. Mientras se niegue a llevar el Tatuaje Fatal en su cuerpo y no preste el juramento al rito «tenko», habrá de permanecer como prisionero distinguido.

—Eso no lo haré nunca —contestó Jean Pierre.

—No es un gran sacrificio, doctor. Piense que la humanidad tendrá pronto a privilegio pertenecer a nuestra secta. Estamos controlando casi todos los puestos neurálgicos de la administración económica y política.

»El cambio se producirá sin violencia. De la noche a la mañana, nuestros hermanos declararán públicamente su condición y todo estará hecho. Quedarán abolidas numerosas leyes y se impondrán otras.

»Me lo ha dicho el Sumo Sacerdote. Falta ya muy poco. Ardo en deseos de poder exhibir a la humanidad toda la grandeza de Tla-xa-kay.

»Ahora el gran templo está precintado por la ley. Lo cerraron al destruirme, y no se conocen bien los grandes secretos que encierra. Allí está el poder, la sabiduría, la ciencia milenaria, los albores del hombre.

—Marte es un mundo muerto.

—¡Mentira! —exclamó Verrier—. Pronto verá usted que no. Yo mismo le mostraré a Tla-xa-kay. Está en el más allá, pero su espíritu viene y nos aconseja… ¡Y usted lo verá, doctor Drouet!

Jean Pierre sabía que su paciente era un fanático y no quiso seguir discutiendo con él. Se limitó a decir:

—Por ahora no puedo hacer nada más. Cuando llegue Paul Lassay intentaremos darle movimiento. Ahora, si me lo permiten, quisiera comer algo.

—Venga usted conmigo, doctor —dijo Uly—. Está autorizado a descansar en una sala especial. Su prometida le hará compañía.

Esta noticia alegró a Jean Pierre.

Salieron, pues, dejando allí el cuerpo mecánico y el cerebro de Leon Verrier, y, por una conductora rodante, llegaron hasta una salita de techo osmótico, a través del que podía contemplarse el firmamento tachonado de estrellas.

Allí, entre muebles transmutables, adornos exóticos y cuadros «vivientes» o móviles, estaba Madeleine, que ahora llevaba arreglado su maquillaje y vestía un «chak» color malva y llevaba botas finas de media caña.

Al verle, ella le echó los brazos al cuello. Luego se puso a llorar de alegría.

—No me han hecho nada, Jean… ¡Nada; estoy bien!

—Yo he tenido que continuar mi trabajo. En el fondo, lo deseaba. Pero me repugna la finalidad de todo esto. ¿Dónde debemos estar?

—Viajando por el cosmos, hacia Marte.

—Vamos a ser prisioneros en jaula de oro, Madeleine. Y, si queremos recobrar la libertad, será a condición de aceptar sus doctrinas.

—¡Eso no lo haremos nunca!

—No lo sé, Madeleine… ¡Quizá cambiemos!

## Capítulo V

Llegaron al planeta rojo bajo la luna de Deimos. Se posaron sobre el polvo endurecido del desierto centromeridional. Luego una rampa se abrió bajo ellos y engulló, por así decir, el «platillo estelar».

Un centenar de siervos de «Ondina» cubrieron rápidamente el terreno de polvo y el desierto quedó de nuevo como estaba.

A cien metros bajo el suelo, los viajeros, fueron invitados a descender al interior del hangar.

Jean Pierre Drouet y Madeleine volvieron a ver a Ivette Morlain y

al oficial Jacques Villé. En total, habían llegado de la Tierra un centenar de personas, ataviadas todas ellas con la capucha negra.

Pero esta prenda fue depositada en un recipiente, cuando, en fila de dos, todos se dirigieron hacia una plataforma, especie de ascensor, que les conduciría al interior de Marte.

—Lo siento, Madeleine —dijo Ivette, acercándose a su antigua amiga—. Me ordenaron llevarte a la nave y no podía negarme. Hube de emplear una droga poco activa para hipnotizaros. La puse en vuestro refresco.

—Eres una sectaria, Ivette. ¡Te desprecio!

—No me comprendes. La vida fue dura conmigo al salir del Instituto. Tenía muchas ambiciones y pocos medios para realizarlos. Mi suerte fue conocer a un miembro de la Secta «Ondina». En cuanto ingresé, todo cambió para mí. Logré ayuda económica y puse el instituto de belleza más elegante de París. Mi clientela era refinada y mis ingresos han sido cuantiosos…

—No sigas. Vendiste tu alma libre por un alma esclava.

Ivette pareció que iba a abofetear a Madeleine. Uno de los fornidos guardianes que rodeaban a la pareja, empero, apartó a Ivette, diciendo:

—Déjala en paz. Es protegida de «Kay».

—¡No tiene categoría para eso! —replicó Ivette, despectivamente —. Es un simple rehén. Pero vivirá poco.

—¡Parece mentira que hables así, después de lo que te aprecié!

Jacques Villé, más sensato, optó por tomar a Ivette del brazo y llevársela hacia un extremo de la plataforma.

Al poco empezaron a descender lentamente. El hangar del «platillo estelar» desapareció y el descenso se hizo más rápido. El doctor Uly y dos hombres más se acercaron a donde estaba la pareja y sus guardianes.

—Éstos son Mosha y Cretto —dijo Uly, señalando a sus compañeros—. Técnicos de la secta. Ellos me ayudaron a sacar a Leon Verrier del Nosocomio de Dourdan.

Sin hacerles mucho caso, Jean Pierre miraba en derredor. No había visto a «Kay» por ninguna parte.

Y por eso preguntó:

—¿Dónde está el Sumo Sacerdote?

—Se encuentra ya en el Santuario. No se mezcla con nosotros. Es sagrado.

—Entiendo. Ustedes son siervos.

—Fieles. Él sólo tiene a Tla-xa-kay que le dé órdenes.

—¿Y el Consejo de la Secta?

—No está reunido. Muchos de ellos ocupan cargos en distintos lugares de la Tierra y los Planetas. Sólo son veinticuatro y se reúnen

cuando «Kay» los convoca a Junta.

—Ahora vamos a llegar a la entrada del templo.

—Pero ¿no está precintado?

—No es un templo, sino muchos. Los paganos no los conocen todos. Nosotros, sí. Estamos llegando al túnel que conduce al Templo de «Ondina», nuestra diosa terrestre. Aquí tenemos instalado el cuartel general por así decir. Es una ciudad subterránea, pero construida hace cien millones de años poco más o menos.

»Es más asombroso todo que en el Gran Templo de Tla-xa-kay. —Uly se expresaba casi con unción—. La avenida de Jik-oe, que es la calle central, tiene doscientos metros de altura y está situada sobre canales de agua rosada. Parece un inmenso templo indio vuelto al revés, o sea visto por dentro, como si estuviésemos fuera.

»La densidad del agua permite caminar sobre ella, sin hundirse. Y es que no se trata de agua, propiamente dicho, aunque lo parezca.

»Los albergues son confortables, modernos, arreglados convenientemente. Tenemos aquí comodidades que no gozamos en la Tierra…

La plataforma empezó a. detenerse suavemente. Luego, frente a Jean Pierre, que se volvió a mirar hacia donde miraban todos, apareció un arco de luz verde claro.

Luego vio la avenida de Jik-oe, ¡y la boca se le abrió de admiración!

El túnel se ensanchaba a unos diez o doce metros del extremo de la plataforma en la que habían descendido. Y desde allí partía la calle, hasta perderse de vista en la neblina verdosa de la luz que lo invadía todo. Vio las casas, de una arquitectura jamás soñada en la Tierra, que en principio parecía caótica, disparatadas y barroca, pero que examinada con más atención era un portento de equilibrio geométrico.

Había calles laterales, con puentes que unían unas casas a otros. Puentes invertidos, metálicos, de cadmio, torio, platino y tungsteno. No existían ventanas, sino como grandes ojos cóncavos y transparentes, y algo parecido a aspilleras arqueadas.

Cada edificio parecía un templo distinto. Y luego estaban las calles de agua rosada, de las que parecían surgir grupos de corales rojos, y que en realidad estaban bajo aquel líquido denso, que millones de años atrás fuese el alimento de los «tenkos».

Fue un impacto demasiado grande para los ojos de Jean Pierre y Madeleine. No podían fijarse en todo al mismo tiempo. Las maravillas eran infinitas, tanto en el suelo que pisaron al salir del túnel, que eran pinturas esmaltadas e indestructibles, representando paisajes marcianos, o escenas de lucha, con armas antiquísimas y desconocidas.

Había especies de curiosos árboles, de tronco y ramas uniformes,

de formas confusas, como esculturas abstractas de atormentados genios. Una especie de enorme rueda helicoidal giraba sobre un punto insignificante, con una perfecta gravitación, sin motores ni vientos que la movieron.

Jean Pierre habría de saber luego que la rueda llevaba girando desde que se colocó y obedecía a leyes de movimiento discontinuo, pero invariables, o sea que año por año giraba más lentamente… ¡Pero jamás se detenía!

Y luego, al fondo, como pudieron ver al avanzar por la avenida de Jik-oe, estaba el templo, propiamente dicho, ya que todos los demás edificios habían sido creados para albergar a los siervos de Jik-oe.

Y al vislumbrarlo, enteramente hecho de una inmensa gema parecido al lapislázuli, en forma de palmera invertida y de tronco piramidal, que se ensanchaba con la altura, Jean Pierre y Madeleine quedaron atónitos.

—¡Asombroso! —no pudo por menos que exclamar Jean Pierre.

—Ahora empiezo a comprender que estos seres tengan tanta veneración por estos lugares… ¿Cómo pudieron hacer esto?

—Los antiguos marcianos pasaban la vida trabajando o luchando —habló el doctor Uly—. No les importaba dedicar una vida entera a una sola pieza. Siempre trabajaban en equipos. El Templo de «Ondina» fue realizado por un equipo de medio millón de lo que nosotros llamábamos lapidarios. Todos eran artífices, y lo que nos parece una sola pieza pulida está compuesto por billones de gemas.

—¿Y de dónde sacaban tanta riqueza?

—Ellos conocían la astronáutica mejor que nosotros. Se supone que debieron llevarse de la Tierra nuestra mayor riqueza a flor de suelo. Así lo aseguró Leon Verrier.

—¿Y cómo es que no nos invadieron nunca?

—La Tierra era un lugar difícil para ellos. Debían hacer un gran esfuerzo físico para moverse sobre nuestro mundo. No conocían la antigravedad. Jamás desintegraron los átomos.

Madeleine y Jean Pierre habían estudiado mucho acerca de las desaparecidas civilizaciones de Marte, pero ahora podían ver con sus propios ojos la obra increíble de aquellos pequeños seres ya desaparecidos, cuyas vidas transcurrieron casi siempre en la más absoluta esclavitud.

Y una pregunta se formó en la mente de Jean Pierre: «¿Por qué la Comisión Legal Universal no permite la exploración y el estudio de estos lugares? ¿Qué teme la ley? ¿No se dan cuenta que las gentes que ven esto han de admitir las doctrinas de la Secta «Ondina»?

* * *

Les condujeron a una especie de pequeño palacio, de paredes blancas y esculpidas, que parecían de mármol y que resultó ser una aleación ferrosa, donde la ciencia moderna de la decoración y el ornamento había sido cuidado esmeradamente.

Allí tenían lujos casi excesivos, pero en sentido primitivo. Allí nada era accionado por ocultos dispositivos cibernéticos o electrónicos. Los lechos de las habitaciones eran blandos, pero no se ocultaban. Eran como doseles blandos. Y los sillones, de aquel curioso mármol blanco, recubiertos de algo parecido a goma espuma, también blanca.

Había selectos manjares, licores exquisitos y fruslerías de todas clases.

Sus cuatro robustos guardianes se quedaron en el zaguán. Sólo entró Uly a mostrarles su alojamiento.

—Aquí estarán hasta que llegue Paul Lassay. Luego les llevaremos a nuestros laboratorios, situados detrás del templo de «Ondina», en una inmensa galería que hemos practicado nosotros. Aquello es más moderno.

—¿Cómo han podido realizar ustedes obras aquí, sin que intervengan las autoridades?

—Muy sencillo. El gobernador Brem es de nuestra secta. Nadie se atrevería a molestarnos. En realidad, Marte es nuestro cuartel general, aunque nadie lo sepa —contestó Uly—. Ya se irá dando cuenta del poder que tenemos. En realidad, no gobernamos ya en todo el sistema, porque es más cómodo que lo hagan nuestros detractores… ¡Pero «Ondina» será algo más que una población subterránea!

Dicho esto, en un tono de infinito orgullo, Uly saludó con la cabeza y dio media vuelta, saliendo.

Entonces Jean Pierre y Madeleine recorrieron las dependencias del alojamiento que les habían asignado, encontrando que no existía más salida que la utilizada para entrar.

Entonces se sentaron a conversar.

—Vaya una situación. Prisioneros en jaula de oro —comentó Jean Pierre.

—Y no hay modo de escapar de aquí.

—De poco nos servirá, cariño. —Jean Pierre se retrepó en su asiento—. Ya ves cómo están las cosas. Si saliéramos de aquí, ¿dónde íbamos a ir? Nos capturarían de inmediato. Y aunque consiguiéramos llegar a la Tierra, por algún medio, y denunciásemos a estos hombres, tampoco serviría de nada… ¡Creo que son más fuertes que el comisionado en pleno!

—¿Quieres decir?

—No quisiera decirlo. Pero es así… Lo siento por Lassay. Le traerán aquí. Habremos de trabajar para ellos, de buen grado o por fuerza. Nuestras vidas no significan nada para ellos. Mi trabajo, sí. Y

mientras me necesiten, me utilizarán y te respetarán. Cuando no me necesiten, nos eliminarán.

»¡ Somos como los esclavos que construyeron estos templos! No servían nada más que para laborar durante toda su vida.

—Pero, al menos, estamos juntos, amor mío.

—Y eso también puede ser un consuelo. Creo que el rito antiguo de Tla-xa-kay permitía el matrimonio directo, sin fases de separación preliminares, como hacemos nosotros, por temor al excesivo crecimiento.

—¡Oh! —se escandalizó Madeleine—. ¿Crees que…?

Él sonrió.

—Si no tengo otra distracción aparte de tu amor, ¿por qué esperar?

—¡Es ilegal, Jean! —protestó ella, retrocediendo instintivamente.

—También es ilegal secuestrar a la gente… ¡Y a nosotros nos han secuestrado!

—La policía nos rescatará, amor, —musitó ella.

—¿La policía? ¡Vamos, vamos! Nos la describen como infalible. «No tema, ciudadano; su secreto está bien guardado por la ley»… Nuestros secretos, sí. Pero no nuestras vidas. Si son infalibles, ¿por qué existe aún la Secta «Ondina»?

—Puede que no sea tan ilegal como dicen —apuntó Madeleine.

—Eso mismo. Puede que la Comisión Legal haga la vista gorda a todo… Y puede que estos fieles estén metidos en el comisionado. ¡Bah, todo son cábalas disparatadas!

—Lo importante es que estamos juntos, Jean Pierre. Y te quiero.

—Yo también a ti —contestó él, extendiendo sus manos hacia ella.

Madeleine se refugió en sus brazos y sus labios se buscaron afanosamente.

* * *

Su sueño de amor duró seis días. Nadie les molestó durante aquel tiempo. Les dejaban salir de su alojamiento y recorrer la avenida principal de aquella especie de pueblo o templo submarciano, construido a quinientos o mil metros de profundidad, en lo que debía de ser una enorme caverna natural.

Pudieron admirar la belleza de los trabajos allí realizados muchísimo tiempo atrás. Incluso conversaron con miembros de la Secta «Ondina» que se alojaban allí, en período de aclimatación religiosa.

No parecían malas personas. Les trataban con respeto y consideración, y hasta se mostraban amables con ellos, explicándoles infinidad de cosas.

Sin embargo, llevaban siempre detrás de sí dos fornidos guardianes

que les seguían a todas partes.

Visitaron también el Templo de «Ondina», donde las maravillas se sucedían ininterrumpidamente, tanto en la arquitectura como en la singular belleza y la extraña e insólita conservación de todos los ornamentos.

No había estatuas. Todo eran símbolos misteriosos, cuyo significado les fue explicado con todo detalle.

Descansaban en el alojamiento que les habían asignado, donde comían y conversaban, como si su existencia plácida no hubiese de terminar jamás.

Al séptimo día, sin embargo, llegó el doctor Uly, acompañado por sus dos compañeros Mosha y Cretto, los que secuestraron el cuerpo de «Leo» en el Nosocomio de Dourdan.

¡Y con ellos, sujetas las manos a la espalda, venía Paul Lassay!

—¡Jean Pierre! —exclamó el famoso modelista mecánico—. Me dijeron que iba a reunirme contigo, pero no lo creí.

—¡Paul!

Jean Pierre se acercó a su compañero y le abrazó, viendo en su expresión huellas de sufrimiento y dolor.

—Le traemos amarrado por su rebeldía —explicó Uly—. Espero que usted le convenza para que nos preste su colaboración. En realidad, no le necesitamos.

—Yo, sí —dijo Jean Pierre.

—¿Qué significa esto? —preguntó Paul mirando a Jean Pierre y a Madeleine—. ¿Colaboráis con estos sectarios?

—No teníamos más remedio, Paul. Lo siento… Y deploro haberte causado este trastorno. Se llevaron a «Leo» y quieren que termine el trabajo.

—¿Tú me has hecho traer aquí? —Paul Lassay parecía también enojado con Jean Pierre—. ¿Por qué? ¿No podías acabar el trabajo sin mi ayuda?

—No estaba seguro.

—¡Esto es inaudito! ¡Yo jamás me prestaré a secundar sus abominables planes! —gritó Paul.

—Se lo dejamos aquí, doctor Drouet —añadió Uly—. Confiamos que le convenza usted. Si no lo hace, habremos de sacrificarle. Es de una rebeldía insoportable.

—Por favor, Paul; compréndelo. Yo no tenía más remedio que acceder… ¡Me amenazaron con destruir a Madeleine! Yo también me negué a secundar sus planes. Pero ¿qué podía hacer? Estamos imposibilitados.

—¡Prefiero la muerte, Jean Pierre!

—Les dejamos —dijo Uly a Jean Pierre, tendiéndole un pequeño objeto plateado—. Aquí tiene usted el desconectador de las esposas.

Puede soltarle, si lo desea. Y, por su bien, confiamos en que le convenza de la necesidad de colaborar con nosotros. Usted parece más razonable, doctor.

»Hable con él y persuádale. De lo contrario…, ¡le mataremos!

Dicho esto, el doctor Uly salió del alojamiento seguido de sus dos compañeros.

Jean Pierre se apresuró entonces a dejar libres las manos de Paul, mientras preguntaba:

—¿Cómo te capturaron?

—Penetraron en mi taller… Eran dos hombres. Querían mostrarme un resorte y… Bueno, me dispararon un gas narcótico al rostro. Cuando me recobré estaba dentro de la nave que me ha traído a Marte. ¡Malditos sean!

—Tranquilízate, Paul —intervino Madeleine, por vez primera—. Estamos aquí contra nuestra voluntad. Pero no podemos hacer nada contra ellos, porque tienen la fuerza.

—¡Yo me niego a colaborar!

—Eso pensé yo —replicó Jean Pierre, muy grave—. Y ¿qué iba a conseguir? Amenazaron con anular mi voluntad. Pueden hacerlo y tienen medios para ello…

—Tú haz lo que quieras, Jean Pierre. Yo me voy de aquí, sea como sea —diciendo esto, Paul se dirigió a la salida.

Allí le detuvieron los cuatro fornidos guardianes, obligándole a retroceder, pese a sus forcejeos. Llegó incluso Paul a golpear a uno. Esto les enfureció y de un empellón lanzaron a Paul al suelo.

—No lo intente más o le partiremos el cráneo, amigo —le dijeron.

Madeleine y Jean Pierre ayudaron a Paul a levantarse, acompañándole y sosteniéndole, hasta sentarlo en un sillón.

—Es inútil, Paul. No puedes hacer nada.

El otro no contestó. Estaba furioso.

—Es preferible transigir, Paul —habló Madeleine, tristemente—. Puede que ocurra algo. Desean que trabajéis en la creación de hombres mixtos. Los dos os podéis ayudar mutuamente. Presiento que algo ocurrirá y saldremos de aquí.

—Estos hombres pretenden apoderarse del control universal —añadió Jean Pierre—. No sé si lo conseguirán, pero parecen tener la fuerza suficiente para lograrlo.

—¿Y harán que la humanidad retroceda a la superstición y la esclavitud del pasado? —preguntó Paul.

—No lo sé… Pero no puedo hacer nada. Al menos me dejan la posibilidad de continuar en mi trabajo.

—¿Y renuncias a la libertad?

Jean Pierre se encogió de hombros.

—No puedo escapar. Pienso que puede presentarse alguna ocasión.

Me han dicho que si deseo pertenecer a la secta recobraré la libertad. Y no sé, hasta qué punto, podría ser eso una solución.

—¡Eres un cobarde, Jean Pierre! —pareció escupir Paul, poniéndose en pie.

—No, no lo soy. Te equivocas, Paul. Y lo lamento… Me gustaría verte a ti en la situación que yo me encontré. Si me negaba, Madeleine iba a morir. ¿Qué hubieses hecho, si amenazan de muerte a Vivienne?

Ahora tocó el turno a Paul de callar. Se volvió a sentar y miró sombríamente al suelo.

—Mientras hay vida hay esperanzas, Paul —siguió diciendo Jean Pierre—. No tenemos más remedio que aceptar las cosas tal y como son… Luego, ya veremos… Quizá nos convenga hacernos miembros de la secta. Me han ofrecido un alto cargo.

Paul levantó la mirada y sus ojos blancos observaron al que había sido su compañero de trabajo en la investigación más atrevida de todos los tiempos.

Sus labios se movieron imperceptiblemente al decir:

—Quizá tengas razón, Jean Pierre. Perdóname.

Jean Pierre sonrió y le puso la mano en el hombro.

## Capítulo VI

Al día siguiente, les condujeron ante la gran compuerta metálica que había detrás del Templo de «Ondina». Allí, en un departamento de vestuario, les dieron batas esterilizadas; luego, sobre una pista rodante, les llevaron hasta un gran laboratorio, donde les presentaron al equipo de técnicos que colaborarían con ellos.

Eran más de cincuenta hombres, todos especialistas en cibernética y cirugía cerebral. La sorpresa de Jean Pierre fue grande, al encontrarse allí a varios eminentes colegas suyos, e incluso al profesor Garr, ¡que había sido su catedrático en la Universidad!

—¿Usted? —exclamó Jean Pierre, atónito.

El profesor Garr sonrió y repuso:

—Sí, Drouet, yo. Y me siento orgulloso de pertenecer a «Ondina». Aquí se me respeta y se me aprecia. Tengo cuanto puedo necesitar y laboratorios de ensayo más perfecto que en la Universidad. Puedo venir aquí siempre que lo deseo. Mi hermano gemelo ocupa mi puesto en la Cátedra, cuando yo me ausento.

«Además me siento orgulloso de que un alumno mío venga ahora a darme órdenes.

—No pretendo darle órdenes, profesor. En todo caso, le pediré consejo.

—Cuenta con ellos.

El doctor Uly presentó a Jean Pierre y a Lassay a todos los presentes. Luego pasaron todos a una sala de conferencias, donde se reunieron para deliberar. No habían hecho más que sentarse, cuando en una pantalla gigante que había al fondo de la sala surgió la imagen de «Kay».

Todos se pusieron respetuosamente en pie, excepto Jean Pierre y Paul Lassay —Madeleine no había ido con ellos, quedándose en el alojamiento del Templo de «Ondina»—, que permanecieron sentados.

La imagen del encapuchado se aclaró y, al instante, su voz llegó hasta todos los científicos y técnicos, diciendo:

—He querido dirigiros la palabra ante el nuevo ciclo de trabajo que vais a iniciar, bajo la dirección del prestigioso doctor Drouet, a quien os pido que acatéis en todo, aunque no sea hermano nuestro.

»Este Sumo Sacerdote, Hermano Mayor vuestro y elegido de Tla-xa-kay, sabe que el doctor Drouet ingresará pronto, y voluntariamente, en la Secta «Ondina». Es hombre inteligente y se dará cuenta de las grandes ventajas que obtendrá a nuestro lado.

»Le necesitamos, Hermanos míos. Es un sabio joven y respetable. Él nos llevará de la mano a la longevidad que necesita nuestra Secta para perpetuarse en la historia definitiva de la Humanidad.

»No se pone en pie ante mí porque se considera ajeno a nuestras costumbres. No se lo reprocho. Nos hemos visto obligados a traerle aquí contra su voluntad.

»Pero le hemos tratado con respeto y consideración. Él, desde luego, se comporta del mismo modo. Por lo tanto, debéis obedecerle como si del mismo Tla-xa-kay se tratase. Yo os lo pido.

»En cuanto al señor Paul Lassay, debo decir que tenemos entre nuestros hermanos modelistas mecánicos mejor preparados que él. No importa. El doctor Drouet inició sus trabajos con él y debe concluirlos. En especial, nos interesa realizar la resurrección mixta de nuestro querido y venerado hermano Leon Verrier.

»Esos dos profanos harán el trabajo con vuestra incondicional ayuda, Hermanos. Luego, si su labor nos complace, seguiremos adelante con el programa aceptado en el Consejo de la Secta, hasta convertir en seres perfectos y longevos a todos nuestros miembros.

»Habremos de rechazar los cuerpos cansados y viejos. Conservaremos sus cerebros y los trasplantaremos en cuerpos mecánicos indestructibles. Ésa es vuestra labor, Hermanos. Toda la secta estará pendiente del gran paso que vais a dar.

»Os deseo a todos mucha suerte. Y gracias por vuestra atención.

La imagen desapareció de la pantalla después de estas palabras.

Luego todos se sentaron y los rostros se volvieron hacia Jean Pierre Drouet, que había escuchado impasible la arenga.

—¿Cuál es el plan de trabajo? —preguntó el doctor Uly.

Sin apenas reflexionar, Jean Pierre contestó:

—En Leon Verrier trabajaremos sólo el escultor Lassay y yo. Ustedes permanecerán fuera del laboratorio. Podrán, sin embargo, examinar nuestra labor a través de las pantallas de observación.

—Nosotros pretendemos aprender tu técnica, Drouet —habló el profesor Garr.

—Mi técnica está todavía en embrión. La tarea será ardua y laboriosa —contestó Jean Pierre—. No podré estar seguro del éxito hasta no haber terminado con Verrier. Luego, ya que veo que piensan continuar con otros trasplantes, podremos estudiar el modo de trabajar en serie.

—Me parece razonable —dijo un científico alto y grave, que estaba sentado cerca de los dos profanos en la secta.

—Ustedes serán, en cierto modo, mis ayudantes… Todos colaborarán en la prueba. Luego les expondré la teoría cibernético-neurológica de la experiencia y haremos prácticas al respecto.

»Creo que es mejor así, puesto que, aunque el caso de Leon Verrier

está prácticamente terminado, aún falta bastante para el éxito completo.

—Me parece bien —declaró el profesor Garr.

—A mí también —añadió Uly.

Y lo mismo dijeron los demás.

Luego se levantó la sesión y el nutrido grupo de científicos acompañaron a Paul y Jean Pierre, mostrándole todas las dependencias, quirófanos, máquinas de aclimatación, hibernación, depósito de vísceras, cámaras de esterilización, etc.

También les fueron mostrados, en una nave contigua, el taller donde se fabricaban los cuerpos mecánicos, lo cual interesó mucho a Lassay, quien pasó el resto del día cambiando impresiones con los técnicos de aquel departamento.

Por su parte, Jean Pierre y el profesor Garr pasaron varias horas en el laboratorio especial, en donde estaba Leon Verrier, recostado sobre la mesa antigravitatoria inclinada, hablando con el paciente y preparando el plan de trabajo que se iniciaría en los siguientes días.

—Todo está preparado, señor Verrier —dijo Jean Pierre—. Me satisface plenamente el buen estado en que se encuentra usted. Vamos a trabajar muy bien aquí. No nos falta de nada.

—Estamos mejor acondicionados que en Dourdan

—dijo Garr, satisfecho—. Ya he hablado con el hermano Verrier y me ha contado todas sus impresiones sobre su «resurrección». Es una experiencia extraordinaria para él.

»Nos falta averiguar cuánto tiempo puede conservarse un cerebro en este nuevo cuerpo.

—Mis cálculos son optimistas, profesor —contestó Jean Pierre—. No quisiera pecar de alegría, pero calculo que un cerebro, bien regado sanguíneamente, con la protección de un cráneo de plástico, puede durar más de quinientos años.

—Quinientos años de existencia racional es mucho —dijo Verrier.

—Y durante ese tiempo, uso pleno y perfecto de todas las facultades mentales. Un ser mixto puede ver, oír y tocar. Podemos perfeccionar el olfato y el gusto, aunque no sea necesario. Este cuerpo está alimentado por energía eléctrica.

—¿Y si se descarga la batería? —preguntó Garr.

—Lleva un control de repuesto, de funcionamiento simple. Es importante que la vejiga-corazón, que cuida del riego sanguíneo del cerebro, no deje de funcionar. Pero, si eso ocurriera, el cerebro podría revivirse por medio de un fuerte «shock» electrónico. Tenga en cuenta que el plasma sanguíneo es artificial, tipo ADN, capaz de alimentar el cerebro, estimular la memoria y crear la energía mental suficiente para accionar los miembros mecánicos del cuerpo.

»Los nervios naturales del cerebro hacen funcionar los nervios

artificiales del cuerpo, por medio del circuito de impulsos, que es mixto también. Y ahí es donde interviene el señor Lassay.

»Ustedes han construido cuerpos mecánicos blandos, de perfección maravillosa. Pero esos cuerpos han de estar construidos de forma que cumplan una serie de requisitos especiales que les expondré a su debido tiempo.

»Debe ser un cuerpo humano capaz de hacer todos los movimientos imaginables, porque, de no ser así, el cerebro, que puede imaginar todas las posiciones, tendría fallos de «imposibilidad mental».

—Creo entenderte, Drouet —dijo Garr.

—Ésa es la razón por la cual yo recurrí a Lassay. Las figuras que él construye, están pensadas para actuar en escenarios. Deben parecer seres vivos, moviéndose a impulsos condicionados propios. Y lo logran.

—El ingeniero Brever asegura que sus muñecos son más perfectos que los de Lassay —intervino Leon Verrier—. Incluso me ha traído uno para que lo vea. Dan la sensación de auténticas figuras humanas.

—Yo también los he visto. Es un buen trabajo. Pero no es perfecto. De todas formas, aprovecharemos esos cuerpos, que no resultan tan rígidos como el suyo. Esa sustancia da la sensación de la carne.

—¡Y resiste altas temperaturas! —insistió Garr.

—Todo lo arreglaremos —terminó Jean Pierre— , se lo aseguro, profesor.

—Creo que podemos confiar en él —dijo, a su vez, Leon Verrier—. Al principio, sentí recelos. El doctor Drouet estaba impresionado al saber que investigaba en un cerebro de un hombre sentenciado y ajusticiado. Esto me preocupó bastante.

»Veo que «Kay» ha hecho bien las cosas y ahora Drouet parece satisfecho y contento de colaborar. Deseo que termine conmigo y pueda continuar después con los otros. Aquí se sentirá usted bien. Gozará de gran prestigio y consideración y puede pedir todo lo que desee.

—Gracias —musitó Jean Pierre.

* * *

Efectivamente, al día siguiente se iniciaron los trabajos.

Paul Lassay fue alojado en uno de aquellos pequeños palacios, cerca de donde habitaban Jean Pierre y Madeleine, quienes tenían habitaciones de sobras e insistieron en que Paul se quedase con ellos.

Sin embargo, el modelista se opuso. Comprendió que el escaso tiempo que les quedaba libre cada jornada, Jean Pierre prefería pasarlo en compañía de Madeleine. Y no estaba equivocado.

El amor que sentían ambos jóvenes iba en aumento. Podía decirse que ambos se necesitaban para vivir, y por ella, en muchas ocasiones, Jean Pierre terminaba antes su trabajo para volver a su lado.

Algunas veces, Paul comía con ellos.

Ésta era la vida que se podía decir particular de los tres secuestrados de la Secta «Ondina». La oficial estaba en los laboratorios y talleres, ultimando la reanimación de Leon Verrier.

Los primeros días, Jean Pierre y Paul se dedicaron exclusivamente a fusionar los nervios cerebrales del «paciente», a fin de darle movimiento a brazos y piernas. No era tarea fácil, puesto que los fallos se sucedían ininterrumpidamente.

El que menos perdía la paciencia, como si considerase que tenía suficientes años de vida por delante, era el propio Verrier. Él mismo ayudaba con acertadas sugerencias, indicando a Jean Pierre cuándo la operación marchaba bien o cuándo algo le obligaba a un gran esfuerzo mental.

Jean Pierre quería realizar un trabajo perfecto. Y precisamente con los movimientos de las manos de Verrier tuvieron la dificultad más seria.

Verrier imaginaba mover las manos y sus brazos se contraían de modo extraño.

—No hay sincronización entre la mente y el mecanismo del cuerpo —dijo Jean Pierre a Paul Lassay—. Es conveniente reajustar el mecanismo.

—Yo encuentro la dificultad de los nervios artificiales. Debe de haberse desajustado algún circuito —insistía Verrier, con acento angustiado—. Algo debe funcionar mal.

Lassay hubo de desconectar los circuitos mixtos y fue preciso retocar ciertos tensores y flexores de los brazos. Al fin, en las pruebas mecánicas, aquel defecto se corrigió, gracias a una idea facilitada por el ingeniero Brever, y cuando se volvieron a colocar los brazos en Verrier, el resultado fue perfecto.

También las piernas dieron trabajo. Hacer que Leon Verrier saliera de la inmovilidad en que se encontraba costó más de veinte días. Se trabajó con ahínco y hubieron de retirarle los miembros en numerosas ocasiones.

De todas aquellas pruebas y experiencias, sin embargo, Jean Pierre fue haciendo una esquema general, para que los colaboradores del profesor Garr pudieran extraer experiencias importantes.

Un día, cuando Jean Pierre y Leon Verrier estaban efectuando un repaso electromental, solos en el laboratorio, se presentó «Kay», encapuchado, como siempre. Venía acompañado de cuatro miembros del Consejo de la Secta, todos encapuchados como «Kay», y cubiertos con ropones que les llegaban hasta los pies.

«Kay» saludó a Jean Pierre y a Verrier y dijo:

—He seguido con interés este trabajo y estoy sumamente complacido. Éstos son los consejeros «Kle», «Ker», «Kio» y «Kax». Han venido exclusivamente de la Tierra para presenciar este prodigio. ¿No significará fatiga para nuestro insigne Hermano Verrier si hablamos con él?

—Ninguna en absoluto —contestó el propio Verrier—. Estoy a vuestra entera disposición. Y, si no fuese por el doctor Drouet, con gusto iría al Gran Templo de Tla-xa-kay, a postrarme ante el símbolo de su Suprema Sabiduría.

—No tengo inconveniente alguno en ello —respondió Jean Pierre —. Mi paciente se mueve con facilidad.

—Por favor, Hermano Verrier —pidió «Kle»—. Quisiera verte andar.

Leon Verrier estaba sentado en un sillón reclinable. Se levantó con facilidad, sin que sus articulaciones hicieran el menor ruido, y extendió la mano derecha, un tanto rígidamente, hacia sus visitantes.

—Debo habituarme al movimiento. Es cuestión de voluntad mental —dijo el paciente.

—¡Increíble! —exclamó «Kio», en tono de profundo estupor—. Es lo más grande que he visto… ¿Y tu memoria, Verrier? ¿Te acuerdas de mí?

—¡No faltaba más! Puedes quitarte la capucha, «Kio». Jamás olvidaré al juez René Malard, asesor jurídico de la Comisión Legal Universal.

Incluso Jean Pierre quedó asombrado. Él había oído hablar mucho del juez René Malard, uno de los hombres más influyentes de la política universal. Y, efectivamente, cuando «Kio» se quitó la capucha, reconoció sus graves facciones.

Los otros consejeros de la Secta «Ondina» no quisieron descubrirse delante de Jean Pierre.

«Kay», sin embargo, le invitó a que fuese con ellos al Gran Templo de Tla-xa-kay.

—Venga, doctor Drouet. Acompañe al ilustre Verrier y presenciará una de las ceremonias más emotivas de su vida. Tengo sumo placer en invitarle, aunque sea usted pagano. Puede que al ver a Tla-xa-kay se decida a ingresar en nuestra Secta.

Jean Pierre sintió cierta inquietud.

—No debo. Soy lo que ustedes llaman un pagano. Ya saben cómo opino. No quisiera ofenderles, ahora que empiezo a comprender el auténtico significado de cuanto hacen. Mi tarea es la ciencia.

—Pediré a Tla-xa-kay que venga a felicitarle, doctor. No es sólo el gran favor que nos ha hecho, devolviéndonos al Hermano Verrier, sino el que nos hará asegurando a todos nosotros una larga existencia libre

de molestias y enfermedades.

—Está bien, si insisten…

—¿Quiere que le llevemos a su paciente, doctor? —preguntó el consejero «Ker».

—¿Dónde está el Gran Templo?

—A varias horas de marcha de aquí. Utilizaremos un bólido subterráneo —dijo «Kay»—. Vengan. No será fatiga para Verrier.

—Gracias, Hermano mío. Hoy es el día más feliz de mi existencia nueva.

Se dirigieron a la salida. Sobre la pista móvil del pasillo, se encaminaron hacia el fondo, donde un muro metálico había siempre interceptado el paso de Jean Pierre.

Ahora, sin embargo, se descorrió el muro y surgió una especie de montacargas similar al que llevaba desde el hangar de aterrizaje de las naves siderales, hasta el Templo de «Ondina».

Se encontraban allí varios sirvientes encapuchados, que se inclinaron ante los consejeros. Se cerró la compuerta y la plataforma descendió hasta una especie de túnel exagonal, donde había un andén y un extraño vehículo que flotaba sobre agua verdosa. La luz que iluminaba el lugar surgía de canales indirectos, empotrados en los muros.

Subieron al bólido flotante y los sirvientes cerraron las puertas. Todos tomaron asiento y «Kay» lo hizo cerca de Jean Pierre.

—Le admiro a usted, doctor —dijo el Sumo Sacerdote—. He presenciado sus trabajos con interés. Pero he observado algo que me tiene intrigado, algo que usted no utilizaba en el Nosocomio de Dourdan.

—¿A qué se refiere? —preguntó Jean Pierre, empezando a inquietarse.

—Ha pedido un proyector de frecuencias micrónicas, más conocido como el Impulsor PAM. ¿Por qué?

Jean Pierre sintió que el corazón le daba un vuelco. Procuró no inmutarse y se apresuró a decir:

—En mis primeras experiencias realizadas en el Nosocomio de Dourdan no lo utilicé por razones técnicas, señor. Aquí, para estimular las frecuencias de onda mental de mi paciente, lo creo necesario. Ahora estamos dándole movimiento… Y ya camina, como puede usted ver.

—Pero el Impulsor PAM, según me han dicho, puede paralizar un cerebro.

Jean Pierre sonrió.

—Usted es un profano en cirugía cerebral. Lo siento. Hay neuronas que necesitan ser paralizadas… ¡Como también hay medicinas que son venenos mortales! Debe usted confiar en mí. El profesor Garr y sus

colaboradores saben que el proyector de frecuencias micrónicas es necesario para las experiencias que estamos realizando.

—Tranquilícese, doctor Drouet. No es que desconfíe de usted, ni de la necesidad de Impulsor PAM. Si lo ha pedido es porque lo necesita. Pero el profesor Garr, precisamente, me dijo que no captaba bien la finalidad de emplear esa máquina… Tiene la impresión de que, con la debida potencia, usted podría… Bueno, entiéndame, anularnos a todos nosotros, dejarnos fuera de circulación, por decirlo de algún modo.

—Pues, a decir verdad, sí podría hacerlo —contestó Jean Pierre, sonriendo—. Pero no veo la manera de salir de aquí, aunque ustedes no estuvieran. Estos subterráneos serían mi tumba.

»No. Quede tranquilo, «Kay». No haré una locura semejante. Prefiero seguir trabajando en mi tarea. Es apasionante y creo estar realizando una buena labor en bien de toda la humanidad. Todo lo que sea mejorar las condiciones de vida de mis semejantes, me produce satisfacción.

»Pierda su recelo, «Kay». Ustedes me han traído aquí contra mi voluntad, pero empiezo a sentirme a gusto. Tengo lo que necesito, me consideran bien y me respetan, gozo de alojamiento cómodo y confortable y tengo a Madeleine Arcenis conmigo. ¿Qué más puedo pedir?

—Me alegro de oírle expresarse así. Eso disipa mis recelos. —«Kay» se inclinó hacia adelante y su mano enguantada rozó el brazo de Jean Pierre en un gesto de simpatía—. Si necesita algo, del tipo que sea, díganoslo. Le complaceremos con sumo gusto.

—Por ahora no necesito nada. Gracias.

El bólido, a semejanza de un tren subterráneo, se deslizaba por el interior del túnel exagonal a gran velocidad. Dentro, los viajeros apenas si notaban la menor vibración.

Pronto llegaron a su destino y salieron a un andén semejante al que habían utilizado para subir. Entonces dijo «Kay»:

—Ya estamos ante el Gran Templo de Tla-xa-kay… Por favor, doctor Drouet, ¿consentiría usted en ponerse una capucha como todos nosotros? Dentro del templo hay que guardar cierta compostura.

—Sí, no tengo inconveniente —contestó Jean Pierre.

Y, por vez primera, se cubrió la cabeza con una capucha de tela fina, con dos orificios sobre los ojos.

## Capítulo VII

La plataforma se detuvo ante una bóveda de impresionante altura, ante la que habían situados potentes focos que alumbraban una puerta, al parecer de bronce, de enormes dimensiones.

Un grupo de fieles estaban de rodillas en torno a la inmensa puerta. Pero todos se pusieron en pie al ver llegar a los dignatarios de la Secta. El silencio era impresionante.

En cabeza del grupo avanzó «Kay», cuyos brazos se alzaron en un gesto de grandiosidad.

Entonces sonó un «gong». Y, antes de que se hubiese disipado su eco, la enorme puerta de bronce empezó a abrirse, dando una visión interior del Gran Templo de Tla-xa-kay, que era de una grandiosidad sobrecogedora.

Jean Pierre no había estado jamás allí, pero, en la Universidad, había visto fotografías en relieve y diorámicas. Sin embargo, no era lo mismo encontrarse allí, sentirse hormiga ante tanta grandeza, que ver fotos de fragmentos.

Aquello era luz corpórea. Todo tenía forma allí. Todo era riqueza, maravilla, asombro. El oro, el platino y otros metales finos, abundaba en adornos y molduras de perfección mayúscula.

Era como una inmensa nave, de dos o tres kilómetros de fondo, por otro tanto de alto, enteramente cubierta de algo que no podía llamarse alfombra, sino más bien piso de cielo, sobre el que no parecía andarse. Era algo sutil, impalpable, que cubría los pies, suave y blando, por lo que daba la sensación de estar caminando sobre una nube.

En el centro de aquel enorme anfiteatro se encontraba el ara. Era un pináculo de escaleras doradas, con relieves, en la cúspide de la cual se encontraba el fuego de los ritos sagrados… ¡Un fuego verdoso y mágico, del que se decía que era el propio espíritu, siempre viviente de Tla-xa-kay.

Jean Pierre siguió al grupo hasta las inmediaciones del ara. Detrás de ellos vinieron los fieles de la secta.

Iba mirando la espalda de «Kay», el Sumo Sacerdote del Templo, y de pronto ¡vio esfumarse su figura!

Consternado, Jean Pierre se volvió a Leon Verrier, que caminaba a su lado, encapuchado también como iba él.

—¿Dónde está «Kay»?

—Ha ido a prepararse para la ceremonia. Es impresionante encontrarse aquí, de nuevo. Silencio, por favor. Vea y calle.

El grupo, ahora sin la presencia de «Kay», llegó hasta los primeros escalones del pináculo. Allí se detuvieron todos, sumergidos en el más profundo silencio. Todas las miradas estaban dirigidas hacia la cúspide, hacia el fuego sagrado y verde, cuyas llamas se retorcían con languidez, como si se tratase de un fuego filmado a cámara lenta.

Poco a poco, Jean Pierre se fue sintiendo como adormecido por el ambiente, por el efluvio impalpable de una atmósfera singular y ligeramente dulzona y grata.

Creyó ser transportado por aires apacibles hacia donde estaba la luz mágica, como si fuese atraído hacia ella por un soplo de inteligencia misteriosa y sobrenatural.

¡De pronto, sobre el fuego, flotando en el aire, apareció la figura verdosa de «Kay»!

Todos los presentes lanzaron un «¡Ah!», y se postraron inmediatamente en el suelo blando, quedando boca arriba y con las manos cruzadas sobre el pecho.

Jean Pierre hizo lo mismo, influido por los demás. Y vio, como invertida, la figura del Sumo Sacerdote evolucionar lentamente sobre el fuego, gesticulando, agitando los brazos.

Era algo suprafantástico.

—Tla-xa-kay, Soberano del Universo —se oyó retumbar la voz de «Kay», sonora y fuerte, como aumentada por mil invisibles altavoces —. Aquí te devolvemos a un hijo predilecto… ¡Acógelo contigo! Es un ser destruido por los hombres, pero que la ciencia que nos concedes ha devuelto a la vida… Él descubrió este templo… Él es Hermano predilecto de todos nosotros… ¡Sé benévolo con él y dale tu bienvenida, oh, grande y poderoso Tla-xa-kay.

Entonces Jean Pierre oyó como un rugido y la visión flotante de «Kay» desapareció. Todo el templo pareció temblar, como sacudido por un seísmo. Las luces se apagaron súbitamente… ¡Y en medio de la más impenetrable oscuridad, sobre el pináculo, donde había estado el fuego, surgió una silueta, primero confusa, y luego paulatinamente más diáfana, que se convirtió en un semblante mágico!

Era «algo», pero Jean Pierre no podía compararlo con nada… ¡Algo incomprensible, algo estremecedor, algo horrendo, como un monstruo deformado y pernicioso!

¡«Aquello» era el espíritu de Tla-xa-kay!

Y el rugido de algo que no podía ser comparado a una voz, pronunció palabras cuyo sentido no pudo comprender Jean Pierre, quien cerró instintivamente los ojos, como angustiado.

Luego la fuerte impresión sufrida le hizo perder el conocimiento.

* * *

Se despertó sobre el lecho de su alojamiento, en el Templo de «Ondina». Allí, inclinada sobre él, trémula y angustiada, estaba Madeleine. Detrás se encontraban Paul Lassay, el doctor Uly y dos fornidos guardianes.

Jean Pierre temblaba y tenía el cuerpo bañado en sudor.

—¡Dios mío! —musitó—. ¿Qué me ha ocurrido?

—Sufrió usted una fuerte impresión en el Templo de Tla-xa-kay —dijo Uly—. «Kay» ordenó que le trajesen aquí.

Madeleine se aferró al cuello de Jean Pierre, gimiendo:

—¿Qué te ha sucedido, amor mío?

—Le hemos dado un cordial. Pronto se recuperará. No es nada. A veces ocurren estas cosas. Es mejor que descanse.

—Vi a Tla-xa-kay —musitó Jean Pierre.

—¿Le viste? —preguntó Paul Lassay, interesado.

—Sí… Como te estoy viendo a ti. ¡Es cierto, Paul! ¡Todo es cierto!

—Por favor —insistió el doctor Uly—, debemos dejarle descansar. Salgan todos.

—¡Quiero ingresar en la Secta! —añadió Jean Pierre—. Ahora conozco la verdad… ¡La he visto y oído!

El doctor Uly sonrió, empujando a Paul Lassay hacia la salida.

—Está emocionado. Debe reponerse. Mañana podrá usted hablar con él, señor Lassay.

Todos salieron, excepto Madeleine, que continuaba abrazada al cuello de Jean Pierre.

—¡Qué horrenda farsa! —musitó entonces Jean Pierre al oído de Madeleine—. Por favor, no te asombres. Siempre he sospechado que nos vigilan con alguna especie de coordinador «Kraft» o cámaras invisibles.

»Finge que estás abrazada a mí y no te muevas.

—¿Por qué? —preguntó ella, con un débil hilo de voz.

—Me hicieron ir al templo a ver el «milagro» —musitó Jean Pierre —. Y me desmayé como un tonto. Sin embargo, tuve tiempo de darme cuenta de que todo el misterio es un simple, pero muy ingenioso, juego de luces.

»En ese templo, la luz juega un papel importante. La gente aparece y desaparece como por encantamiento, contra toda ley física y natural. Pero eso se hace en la penumbra, para dar mayor realce a la magia de la luz y el sonido.

»Todo es una superchería, Madeleine. Ahora estoy convencido. Pero debemos aparentar lo contrario. Vigilan todos nuestros actos. Si queremos salir vivos de aquí, ha de ser con el engaño, con la falsedad y la hipocresía. Ellos nos obligan a esto.

»Pero saldremos, Madeleine. Y haremos todo lo que esté en nuestro poder para destruir y malograr sus propósitos. «Kay» parecía

sospechar algo. Me preguntó por el Proyector de frecuencias micrónicas que pedí para ajustar a Verrier. Ésa es mi mejor arma, Madeleine. Antes de emplearla a fondo, quiero seguir adelante con el proyecto.

»Sé que quieren convertir en hombres mixtos a todos los miembros de la secta. Será un trabajo arduo y que costará años. Pero ellos me ayudarán… ¡Y, al final, habrán caído en su propia trampa!

—Me asustas, Jean Pierre —musitó Madeleine, sin moverse de su actitud «amorosa»—. Si algo te sale mal…

—Tomaré las debidas precauciones. Tú no debes ni siquiera pensar en esto. No pensaba decírtelo hasta llegado el momento de realizar mi acción. Pero la monstruosa comedia de que he sido víctima me ha rebelado.

»Estoy seguro de que me han narcotizado para fingir un desmayo emocional. ¡Y yo sé que todo es mentira, una farsa espantosa! Lo sospeché y ahora estoy convencido.

—¿Se lo dirás a Paul?

—No. No debemos hablar con nadie de todo esto. Me fío de Paul, pero el mejor secreto debe guardarlo uno mismo. Él podría cometer una indiscreción y ser torturado y arrancada toda la verdad. Nadie debe saberlo hasta que llegue el momento de poner en práctica mi plan.

—Me inquietarás. No has debido decírmelo.

—No te diré más, entonces. Olvídalo —balbuceó él—. Si es necesario, fingiremos aceptar el ingreso en la Secta. Eso nos dará más movilidad de acción, incluso podremos regresar a la Tierra… Pero ¡juro ante Dios que destruiré a toda la Secta «Ondina», aunque tenga que esperar cien años!

Abrazada a él, Madeleine sollozaba.

Si alguien les estaba espiando a través de pantallas distantes, la escena era conmovedora y tierna. Pero sus débiles palabras no podían ser captadas, ni siquiera siguiendo los movimientos de sus labios porque Jean Pierre apenas si los movía.

Pero la conjura estaba hecha. Y Jean Pierre Drouet no era hombre de los que se vuelven atrás cuando han tomado una decisión. Su temperamento de investigador científico, incansable y audaz, era la mejor prueba de su determinación.

* * *

Al día siguiente, o sea veinticuatro horas después, porque allí se regían por relojes terrestres y no por el día solar, Jean Pierre volvió al laboratorio, donde encontró a Leon Verrier contento y paseando arriba y abajo.

—¡Vio usted a Tla-xa-kay! —fue lo primero que dijo—. Esto es un privilegio especial que sólo se concede en determinadas circunstancias… ¡Y no creo que fuese por mí!

—Vamos, Verrier —se disculpó Jean Pierre, modestamente—, yo no soy aún de la secta.

Remarcó intencionadamente el «aún» para confiar el otro.

—¿Piensa serlo? —preguntó Verrier.

—Después de lo que vi, creo que sería un necio negar la evidencia. Fue algo maravilloso… ¡Incluso me desmayé de la emoción!

—Es usted un privilegiado, Drouet. Son muy pocos los que gozan la gran suerte de ver y oír a Tla-xa-kay. Si me lo permite… Mejor dicho, si me lo permites, quisiera ser tu padrino. Yo te iniciaré en los sagrados secretos del rito «tenko». Te estoy muy agradecido, Hermano Drouet.

—Gracias, Verrier. Será un placer.

Hablaron del tema hasta que llegó Paul Lassay. Entonces se pusieron al trabajo. Verrier tenía aún ciertas leves inconveniencias que era preciso repasar detenidamente.

La operación era un éxito ya, pero el trabajo debía ser perfecto. Y a ello se dedicaron con todo interés.

Pocos días después, el doctor Uly y su equipo de colaboradores se presentaron en el laboratorio, con sus notas y dijeron que ya estaban dispuestos los diez cuerpos mecánicos primeros, para iniciar los trasplantes de diez cerebros traídos de la Tierra.

Aquél era también un momento decisivo para todos. Y se requería una reunión previa, a la que, como invitado especial, se invitó a Madeleine y a Leon Verrier, que todavía no había sido dado enteramente de alta, aunque ya salía por su propio pie del laboratorio, siendo el primer hombre mixto de la especie humana.

En aquella conferencia, Jean Pierre examinó los diez expedientes de las personas a las que había de someter a tratamiento. El doctor Uly, un tanto nervioso, explicó la situación:

—El consejo de la Secta seleccionó a estas diez personas, todos miembros activos de nuestra religión, y ordenó al doctor Cremet que las eliminase…

—¿Han sido asesinados intencionadamente? —preguntó Jean Pierre un tanto sorprendido.

—Asesinados no, ¡caramba! —replicó Uly, que miraba con frecuencia y no sin cierto temor hacia donde estaba sentado Paul Lassay—. He dicho, eliminados… Muertos. Pero sus cerebros se conservan «vivos».

—¿Y se han prestado ellos? —preguntó Lassay.

—Son fieles a la secta. Pero dejemos eso. Aquí están sus expedientes, junto con su encefalograma. Hay también una copia

gráfica de sus propiedades neúricas y vibracionales. También figura su historial en sobre aparte. ¿Lo necesita usted, doctor Drouet?

—Sí, indiscutiblemente. Debo examinar todo eso con mucho cuidado, antes de iniciar los trabajos. Hemos de saber cómo eran esas personas, cómo pensaban y actuaban. No podemos exponernos a sorpresas de reacciones incondicionadas.

—Pues bien. Aquí están los expedientes. Los cerebros están en sus recipientes y los cuerpos preparados y repasados por el señor Lassay, de acuerdo con las experiencias acumuladas por el prototipo, Hermano Verrier.

Uly entregó todos los expedientes, menos uno, a Jean Pierre.

—¿Y ése? —preguntó éste.

—Quisiera discutir en privado este caso con usted, doctor Drouet —dijo Uly—. Es algo… delicado.

—¿Por qué?

—La persona a la que pertenece este expediente está relacionada con alguien aquí presente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Preferiría que viniera usted al depósito. Allí puedo hablarle en privado. Discúlpennos, por favor —dijo Uly, poniéndose en pie.

Jean Pierre, intrigado, se puso en pie también y acompañó a Uly al exterior de la sala de conferencias, donde todos los reunidos quedaron bastante perplejos.

—¿Y bien…? —preguntó Jean Pierre cuando estuvieron fuera del alcance del oído de los otros—. ¿A qué viene este misterio?

—Permíteme decirte, Drouet —habló Uly, tuteando a Jean Pierre, al que ya casi consideraba como perteneciente a la secta—, que muchos de nuestros hermanos tienen amigos y familiares que no son hijos de «Ondina». Nuestra secta es secreta y el juramento nos impide revelar a los profanos nuestra condición. Ya sabes eso.

—Sí, pero…

—Este expediente corresponde a la esposa de uno de los hombres ahí reunidos.

—¿Cómo? Todos los ahí reunidos son fieles…

—Menos uno. Paul Lassay no lo es.

—¡Cielos, no! ¡Déjeme ver!

Uly entregó el expediente y Jean Pierre lo tomó con mano trémula. El nombre de Vivienne Lucé pareció saltar a sus ojos como un trallazo.

—¡Vivienne! ¡No es posible!

—Sí. Era Hermana nuestra. Y muy eficiente, por cierto, aunque bastante pegada a la vanidad. Se la permitió casarse con Lassay por ser éste mundialmente famoso. Ahora las circunstancias enfrentarán al modelista mecánico con la realidad.

»Hablé con «Kay» y me dijo que consultase contigo el caso. Hay

dos soluciones, según cree «Kay». La mejor sería que Lassay ingresara en la secta, junto contigo y Madeleine Arcenis. Eso sería ideal. Sin embargo, él parece tener resentimiento contra nosotros. Si ahora se entera de que su mujer era miembro de la secta…

—Sí, ¡estoy confuso! ¡Pobre Vivienne! ¿Quién lo hubiese pensado?

—No debes compadecerla, puesto que pronto tendrá un cuerpo mejor que el anterior, como tendremos todos nosotros. Se trata de solucionar el caso de Lassay.

—Sí, sí… ¿Y cuál es la otra solución, si se niega a ingresar en la secta?

—Habrá de ser destruido —dijo Uly, tajante.

—¡No, eso no!

—En realidad, no le necesitamos —apuntó Uly, que parecía haber pensado en todo—. Su trabajo puede hacerlo el ingeniero Brever… Y tampoco podemos dejarle regresar a la Tierra. Podría malograr nuestros proyectos.

—Es una difícil papeleta, es verdad —dijo Jean Pierre, que no podía ocultar su nerviosismo.

Parecía que Vivienne Lucé se había dejado matar, destruir, para servir de segundos ensayos en la experiencia de los seres mixtos. ¡Y esto era una abominación! Jean Pierre había supuesto, aunque sin fundamento, que los primeros cerebros pertenecerían a personas fallecidas o ajusticiadas, como el arqueólogo Verrier.

¡Pero el Consejo de la Secta «Ondina» había ordenado la muerte de diez personas para trasplantar sus cerebros a cuerpos mecánicos!

—Será mejor que yo hable con Paul —musitó, al fin, Jean Pierre, sin apartar los ojos del expediente que tenía en las manos—. Será un duro golpe para él. Aunque… También podemos iniciar los trabajos sin decirle nada. Quizá, si tenemos el éxito que esperamos, sea menos doloroso el golpe. Estaban en primera fase matrimonial y pronto podrían vivir juntos y tener los dos hijos reglamentarios. Me consta que se amaban.

—No, ella no le quería a él. Una fiel no puede amar a un profano. Le toleraba para cubrir las apariencias. Eso podrás leerlo en el expediente. Se lo dio a elegir entre cien hombres solteros y eligió al más famoso, por el renombre. En realidad, Vivienne Lucé no era una excelente fiel.

—Comprendo… La conocí. Y tenía la impresión de que era una mujer superficial.

—Era fiel a la secta, de eso no cabe duda. Aunque, según declara el doctor Remet, sufrió un ataque de histeria en el último momento. No quería morir y hubieron de matarla sujetándola firmemente con correas metálicas.

—Por favor, doctor Uly —suplicó Jean Pierre—. Soy cirujano, pero

tengo corazón.

—Quiero decir que, si a mí me manda la secta a morir, iré con gusto. En cambio, ella sufrió arrepentimiento momentáneo.

—No sé qué decirte. Yo creo que tampoco me comportaría valientemente. El hecho de que Leon Verrier haya sido un éxito no quiere decir que todos lo han de ser. Algo puede fallar.

—Si alguno de nuestros Hermanos no consigue pasar a hombre mixto, no será culpa nuestra. Contamos con los imponderables. Sin embargo, quiso insinuarte que es más conveniente que tenga éxito la operación del oficial Gallard, por ejemplo, que la de Vivienne Lucé.

—¿Quién es Gallard?

—Un adicto fiel, funcionario de policía de Dourdan. Su cerebro está entre los diez primeros.

—He comprendido… Bien, regresemos a la sala antes de que se impacienten. De momento, ocultaremos este expediente. Paul Lassay no tiene por qué saber nada aún. Y cuando lo crea conveniente, le hablaré.

»Será un duro choque para él, sin duda. Pero antes procuraré convencerle de que ingrese en la secta, junto conmigo. Es indiscutiblemente, la mejor solución.

—Eso cree «Kay», y lo creo yo también.

Después de esto, ambos hombres regresaron a la sala de conferencias, donde Jean Pierre se hizo cargo de todos los expedientes.

—Yo me encargaré de estudiar esto. Hoy mismo procederemos a colocar cada cerebro en su cráneo sintético y ustedes —Jean Pierre miró a los reunidos— efectuarán las operaciones bajo mi directa supervisión.

»No deben conectar ningún circuito mixto sin mi previa consulta. Un error puede ser fatal para esas personas, a las que privaríamos de la vida mejor que pensamos darles. ¿Me han comprendido?

Todos asintieron.

—Entonces vamos al trabajo… Ven, Madeleine, podrás presenciar las primeras operaciones. No es muy agradable, pero sí educativo y altamente interesante.

Madeleine no respondió, levantándose como todos.

## Capítulo VIII

Jean Pierre se inclinó sobre la hoja plástica en blanco y trazó unas palabras con el punto grabador indeleble. Pero algo raro ocurrió porque las letras que iba escribiendo desaparecían casi en el acto de ser grabadas.

Madeleine, sin embargo, inclinada también sobre la hoja, fue leyendo lo que escribía Jean Pierre.

—Fíjate bien, Madeleine. Empleo una sustancia química con el grabador que se borra al instante, sin dejar huella. Lo hago para no hablar. Si nos observan a distancia pensarán que te enseño algo íntimo y no prestarán atención.

Jean Pierre escribía con rapidez, inclinado sobre la hoja plástica, donde las letras aparecían y se borraban casi en el acto.

La joven asintió con la cabeza, comprendiendo.

—Tienes que fijarte especialmente en el proyector de frecuencias micrónicas. Quiero que te familiarices con él, por si a mí me ocurriera algo. Ahí está cifrada nuestra salvación.

»Presta atención, Madeleine. Todos los seres mixtos, incluso Leon Verrier, tienen un tumor artificial dentro del cerebro. Se trata de una célula especial que les he colocado adrede, con un pretexto simple.

»Ese tumor está aletargado, y así permanecerá, dentro del cerebro hasta el día en que decidamos emplear el Impulsor PAM. Como verás, posee un dispositivo que envía ondas micrónicas y sensibles al tumor que he colocado en todos los cerebros. Al influjo de esas ondas, cuya potencia ha de ser suficiente para accionar las células tumorales, todos los hombres mixtos quedarán paralizados. No muertos, pero no podrán mover ni un miembro. ¿Me entiendes, Madeleine?

La joven, cuyos latidos de su corazón se habían acelerado al leer la sorprendente revelación de su novio, hizo un movimiento afirmativo, para volverse y mirarle a los ojos, con cierto temor.

—Ése es el procedimiento —musitó Jean Pierre—. Después de los diez trasplantes que vamos a efectuar, realizaremos mil más, ya en perfecta serie. Será una masacre de fieles, que se realizará en distintos lugares del Sistema. Y sus cerebros nos serán enviados en las debidas condiciones.

—Es espantoso —musitó Madeleine.

—Ellos lo quieren así —escribió ahora Jean Pierre—. Creo que son unos veinte mil. Y desean convertirlos a todos en seres mixtos. Ese trabajo no lo terminaré yo. El equipo de Uly lo concluirá. Ellos

pondrán la célula tumoral creyendo que se trata de un reactivador de compensación neúrica. Ya lo saben.

—¿Y no temes que te descubran?

—Confían demasiado en mí. No temas —escribió Jean Pierre—. No puedo hacer otra cosa. Debemos salvar a la humanidad de caer en las redes de estos fanáticos que se dejan matar para mejorarse ellos solos y dominar luego al universo con su larga vida.

—¿Has hablado ya con Paul acerca de su esposa? —preguntó Madeleine, ahora en voz más alta.

—No. He pensado que es mejor que sea ella misma la que se lo diga. Vivienne estará en condiciones de hablar dentro de unos días.

Jean Pierre se separó de la mesita y fue a sentarse en el sillón blanco. Se encontraban en su alojamiento y habían terminado de cenar los manjares selectos que preparaban los siervos para ellos.

Se guardó él el grabador en un bolsillo interior de la bata que siempre llevaba y tomó un vaso de cordial ambarino que tenía cerca. Ahora podían hablar en voz alta. La ficción que realizaron, haciéndose el amor, había terminado y sobre la hoja de plástico no quedaba ni un trazo delator.

—Será pavoroso cuando ella le hable.

—Paul está muy enamorado de su mujer. La decepción será grande.

—Lo siento… ¡Pobre Paul! ¡Ah, no te lo había dicho! Ha venido a verme Ivette Morlain esta tarde. Acaba de regresar de la Tierra, de un viaje relámpago que ha hecho. Me ha traído algunos cosméticos muy valiosos y me ha preguntado por ti. Está enterada de tus éxitos y se ha complacido mucho con nuestro ingreso en la secta. Dice que asistirá a la ceremonia.

Jean Pierre sonrió.

—¿Qué hay entre ella y aquel oficial interestelar?

—Están casados. Como ambos son miembros de la secta, no tienen impedimento alguno en hacer vida matrimonial al estilo «tenko». Quieren tener varios hijos para cuando tengan que convertirse en mixtos haber dejado huella de su paso por la vida.

—Ese problema preocupa a Verrier —dijo Jean Pierre—. Piensan en el modo de reproducirse los hombres mixtos… ¡Es algo nuevo!

—¡Cielos! ¿Crees que es posible? ¡No son más que máquinas!

—El ingeniero Brever tiene una idea muy avanzada al respecto. Propone insertar órganos procreativos en los cuerpos mecánicos.

—¡Qué barbaridad!

—A mí no me lo parece tanto. Si prolongamos sus vidas, pero tienen fin, después de todo, es interesante buscar el modo de reproducirlos por medios naturales.

—¡Monstruoso! —exclamó Madeleine—. No son más que seres

artificiales, con cerebro humano.

—Bueno, dejémoslo, cielo. Ese problema no me compite a mí. Y, si lo resuelven, mejor.

* * *

Las diez primeras personas mixtas iban progresando. Los neurólogos que trabajaban en ellos se esmeraban atentamente. En pocos días, Jean Pierre pudo efectuar la primera inspección, utilizando el encefaloshock y reanimándolos a todos, sin excepción.

Como se habían conectado primero los circuitos mixtos de voz y oído, pudieron ser brevemente interrogados. Las voces no correspondían a las que habían tenido en vida, pero sus ideas eran idénticas, así como sus recuerdos.

El oficial Marcel Gallard, por ejemplo, dio su nombre y cargo con naturalidad, saludando a Jean Pierre con estas palabras:

—Me alegro de conocerle personalmente, doctor Drouet. Yo estaba encargado de la investigación oficial realizada con motivo del asalto al Laboratorio «A» del Nosocomio de Dourdan.

—¡Caramba, Gallard! Me alegro de saberlo. Yo también voy a ingresar en la secta.

—Es una buena noticia. Es usted admirable. ¿Cree que podré moverme con facilidad?

—Puedes tutearme, Gallard. Y para responder a tu pregunta, mañana podrás ver a Leon Verrier. Él será vuestro mejor estímulo.

—Gracias. Tengo mucha fe en el Consejo y en… ti, doctor Drouet.

La entrevista más penosa, y a la que no asistió Paul Lassay, por motivos que Jean Pierre sabía muy bien, fue la de Vivienne Lucé. El doctor Uly, sin embargo, estaba presente.

Al conectar los circuitos de visión, voz y oído, la voz extraña de la nueva Vivienne Lucé dijo:

—Jean Pierre… ¿Tú?

Él sonrió.

—Sí, Vivienne. Creo que tenías mucho miedo a morir. ¡Y no has muerto!

—Vivo… Me dijeron que… me iban a colocar en un cuerpo extraño.

—Un bonito cuerpo mecánico, Vivienne —dijo Jean Pierre—. No debes temer nada. Todo saldrá bien.

—¡Pero no volveré a ser igual que antes!

—No. Serás un buen cerebro al servicio de la Secta «Ondina». Pero tu gracioso cuerpo… ha muerto.

—¡Estoy muerta, Jean Pierre! ¡Estoy muerta! —gritó la paciente con todo su timbre sonoro.

—Tranquilízate o nos veremos obligados a inyectarte un calmante. Te dieron esa orden y la has cumplido. Vas a vivir mucho más que antes… Quinientos años.

—¡Pero no soy yo! ¡Mi cuerpo es un muñeco articulado!

—Posees un precioso cuerpo femenino, Vivienne Lucé —habló Uly, sonriente—. Está muy perfeccionado. Es blando, como la carne. Resistente a temperaturas extremas. No sufrirás enfermedades, ni nada. Y podrás hacer todo lo que hacías…

—¡No, todo no! —pareció gemir el cerebro de Vivienne.

—Escucha, Vivienne —habló entonces Jean Pierre, poniéndose serio—. Debo decirte algo importante.

—¿Qué es?

—Paul está aquí.

De haber tenido expresión, Vivienne se habría demudado. Su voz emitió un diapasón inconcebible:

—¿Aquí?

—¿Y Paul sabe que yo…?

—No, no sabe nada aún —respondió Jean Pierre—. Tengo que hablarle. Pero tú podrías evitarme ese grave problema.

—¡Ya no podré vivir con él! —contestó Vivienne—. No le quería, Jean Pierre. Debo confesártelo… Creo que ahora todo cambiará. No, no le digas nada. Él no me conoce ahora. Termina tu trabajo. Cuando esté en condiciones de moverme, le hablaré… Será un duro golpe, porque él sí estaba enamorado de mí… ¡Oh, Jean Pierre, la angustia me tortura!

—Aplícale un sedante, Uly… En la vejiga del riego sanguíneo.

El doctor Uly obedeció, inyectando una dosis de «meirol», con lo que Vivienne dejó de hablar.

—La vida es complicada —comentó Uly—. De todas formas, problemas de éstos nos encontraremos con muchos.

—Nuestra misión no es solucionar problemas morales, Uly, sino realizar trasplantes cerebrales. Y parece que estamos teniendo un éxito indiscutible. Si los cuerpos de Brever son mejor que el de Lassay, no tendremos tanto trabajo como con «Leo».

Leon Verrier se le conocía aún, dentro del círculo médico, como «Leo», un apelativo cariñoso y familiar dedicado al prototipo de hombre mixto, realizado por Jean Pierre Drouet.

* * *

No hubo ni un error. Los diez pacientes se repusieron pronto y sin irregularidades. Caminaron y se movieron mucho antes que «Leo» y no fue necesario hacer rectificaciones en sus nervios flexores o tensores. El ingeniero Brever era más perfecto que Paul Lassay.

Al término de aquella prueba, se prepararon mil cuerpos más, modificándose ciertos aspectos para hacerlos más humanos, si cabía. Se hicieron modelos perfectos, e incluso se procuró que las facciones tuvieran movilidad y expresión.

En esto trabajó también Lassay con verdadero ahínco, hasta que…

Una tarde, Vivienne Lucé fue dada de alta. Ella habló con Jean Pierre y decidieron ir juntos al domicilio de Paul, ante cuya puerta permanecían los cuatro guardianes.

Antes de ir a ver a Paul, Jean Pierre quiso pasar a buscar a Madeleine, que estaba al corriente de todo. Al ver a la nueva Vivienne, la novia del neurólogo se maravilló.

—Eres Vivienne, ¿verdad?

—Sí, Madeleine —asintió la mujer, tristemente—. Esto es lo que queda de mí… Y me cubro con esta prenda por pura reminiscencia femenina. Mi cuerpo no despierta admiración en nadie. He perdido toda la belleza.

—Pero has ganado en longevidad.

—Mi vida no será grata ahora. Sólo serviré para la Secta… Vamos, por favor, deseo terminar cuanto antes con Paul.

Salieron y cruzaron la calle, acercándose a donde habitaba Paul.

—¿Cuándo se celebra la ceremonia de vuestro ingreso? —preguntó Vivienne.

—Dentro de unos días.

—¿Y queréis ingresar?

—Sí.

—Yo, de vosotros, no lo haría —musitó Vivienne, pasando rápidamente por los especie de pilares que conducían, sobre el agua rosada, hacia la entrada de la mansión de Paul Lassay, ante la que estaban los fornidos guardianes.

Entraron sin avisar. Paul estaba sentado en una cómoda butaca, escuchando música que surgía nítidamente de un reproductor sónico, especie de moderno gramófono.

Sin embargo, se levantó al ver entrar a Vivienne, seguida de Madeleine y Jean Pierre.

—Hola —exclamó—, ¿a qué debo el honor de esta visita?

—Pues… Ella te lo dirá —musitó Jean Pierre, señalando a Vivienne.

Paul Lassay sonrió.

—Hola, Vivienne —dijo.

Este saludo causó extrañeza a todos.

—¿Sabes quién soy? —preguntó la mujer mixta.

—Naturalmente que sí. Conozco a la mujer con quien me casé aunque tenga otro cuerpo y otra voz. Además creo que ya es hora de que os explique algunas cosas… A ti también, Jean Pierre.

Atónito, el joven neurólogo miró a su compañero.

Esperaba una escena de estupor y se encontraba con algo inesperado.

—Yo lo sé todo —siguió diciendo Paul—, porque yo dije a Uly lo que se debía hacer. Yo fui quien te facilitó el cerebro del arqueólogo Verrier, Jean Pierre. Tú no me buscaste a mí, sino que fui yo quien te buscó a ti para realizar tu experiencia.

»Y, por todo eso, sabía quién era Vivienne, aunque ella no sabía quién era yo.

»Os lo voy a demostrar prácticamente. No he hecho más que una pequeña farsa porque no me fiaba mucho de vosotros. Ahora creo que puedo disipar mis temores. Estoy entre amigos… ¡Y mis fieles amigos pueden conocer mi secreto!

»Ved esto. Y no os asombréis de nada.

De debajo de la espuma de su sillón, Paul Lassay sacó un objeto singular, parecido a una bocina interior, para colocársela en la boca. ¡Y, al hablar, su voz sonó como la de…!

—¡«Kay»! —exclamó Jean Pierre.

—En efecto. Yo soy «Kay», el Sumo Sacerdote… Vedlo, si no.

Fue hacia un mueble de sándalo y lo abrió, sacando el ropaje de «Kay» y poniéndoselo. También se colocó la capucha. Sus ojos blancos aparecieron ahora rosados, detrás del fino cristal de la capucha.

Luego palmoteo las manos con fuerza, y del exterior penetraron los dos fornidos guardianes.

—Podéis marcharos, mis fieles amigos. Ya no os necesito.

Los dos sujetos se inclinaron y retrocedieron, saliendo.

—¿Lo habéis comprendido todo? —preguntó entonces Paul Lassay, quitándose la capucha—. Yo, un mundialmente famoso modelista mecánico, soy «Kay», el Sumo Sacerdote del Templo de Tla-xa-kay.

—Me parece mentira… Entonces toda tu furia cuando te trajeron aquí…

—Era fingida, amigo mío —contestó Paul—. En realidad, ni siquiera soy modelista. El cuerpo de Verrier no lo hice yo. Me ayudaban mis Hermanos. Yo hace tiempo que sueño con una humanidad mejor, más duradera, más perfecta… Perdona, Vivienne. «Kay» no podía vivir contigo. No hubiese llegado nunca nuestra segunda fase matrimonial.

—¡Te has burlado de mí!

—Nada de eso. Necesitaba una mujer para Paul Lassay y tú me serviste. Ahora necesito seres mixtos para la secta, y me sirves también. ¡Es para mejor servicio de Tla-xa-kay, Vivienne!

»En ocasiones, hube de prestar mi voz y mi capucha a mis hermanos menores, porque en mi papel de Paul Lassay no podía estar en todas partes. Sin embargo, quería estar junto a Jean Pierre. Es

mucho lo que interesa esa encomiable labor.

»He tenido que dejar el cuidado del templo en manos de siervos, para trabajar en Dourdan y en estos laboratorios. Me encontraba con un problema agudo. No podía fiarme de ti, Jean Pierre. No pertenecías a la secta y podías malograr mis propósitos.

»Afortunadamente, he podido convencerme de tu lealtad. Ése ha sido mi gran triunfo. Te he ganado para servir a Tla-xa-kay y a la causa imperecedera de «Ondina», en cuyo templo estamos. Juntos modificaremos la estructura de la humanidad, Jean Pierre. Por eso digo que los pequeños asuntos familiares carecen de importancia.

»¿Te importa, Vivienne?

—No, ¡no!… Ahora no me importa, «Kay»… Pero comprende mi estupor. Yo ignoraba esto.

—Eres una mujer corriente, Vivienne. Si te hubiese querido, comprenderás que tendrías un alto puesto junto a mí, como Suma Sacerdotisa. Yo sólo te necesitaba como mujer de Paul Lassay. Nada más. No te engañé ni me engañaste.

»Y creo haberte pagado bien con esa larga vida que vas a tener siendo mujer mixta… Pero, sentaos, por favor. Tenemos mucho de qué hablar.

—¡Tú querías matar a Madeleine! —exclamó Jean Pierre.

—Te equivocas. Sólo la utilicé para convencerte. Sabía que por salvar su vida harías lo que yo te dijera. Y lo hiciste. Ahora incluso te complace haberlo hecho. ¿Verdad, Jean Pierre?

—Sí, pero… Podías haber dicho algo. Trabajamos juntos en el Nosocomio.

—Todo obedecía a un plan acordado en el Consejo de la Secta, a la cual vas a pertenecer en cuanto jures el rito sagrado de los iniciados. Ingresas por la puerta grande, Jean Pierre, con todos los honores, por decirlo bien. Y podrás vivir cierto tiempo con Madeleine, en la Tierra y en donde quieras.

»Vas a ser un gran personaje, respetado y admirado. Nada te faltará, porque Tla-xa-kay te protege y yo te admiro.

»He estado vigilándote con atención, Jean Pierre. Tenía mis dudas. Después de la primera entrevista que sostuve contigo, en el «platillo estelar», dudé del éxito. Y hasta llegué a pensar si no te doblegabas para asestarnos un golpe a traición, cuando menos lo esperásemos.

»De ahí toda la comedia mía, fingiendo indignación ante mi secuestro, mi pelea con los siervos. La verdad era que todo lo hacía para hacerte mi cómplice. Cada día temía que me hicieras partícipe de tus planes de evasión, hasta que me he convencido de que Tla-xa-kay ha tocado tu corazón, haciéndote la suprema verdad de su poder divino.

»Por eso repito que no merece la pena continuar la superchería. Ya

está preparada tu ceremonia de ingreso en la secta, que se celebrará pasado mañana. Verrier me ha dicho que estás suficientemente iniciado.

»Por lo tanto, Hermano mío, sé bien recibido a la Secta «Ondina» y no te preocupes de mi problema con Vivienne. No existe tal problema, como ves. Ella se somete dócil y fielmente a los mandatos de Tla-xa-kay y gozará de favores especiales por haber colaborado tan bien en su aparente matrimonio social conmigo.

—Yo estaba segura de ser tu esposa, «Kay» —musitó Vivienne.

—Y lo eres ante la comisión legal, pero nosotros estamos fuera de esa ley… ¡No fuera, exactamente, muy por encima!

»De todas formas, gracias por todo. Podéis retiraros. Ya no hace falta que os siga ayudando en el laboratorio. Tengo mis ocupaciones muy abandonadas. Te veré en la ceremonia, Jean Pierre… Y me alegro de tu recuperación, Vivienne.

* * *

Un cuerpo mixto no podía delatar su abatimiento. Milagrosamente, Vivienne parecía hacerlo. Pero sólo era el influjo de sus palabras.

—¡Qué fracaso! Una sabe que todo es falso, Jean Pierre… Toda esta religión está inventada por locos. Lo supe cuando me hicieron el Tatuaje Fatal. Los Sacerdotes de Tla-xa-kay me hirieron y me adormecieron. Y, si me niego a obedecer, me espera la muerte… ¡Pero ahora estoy muerta y no me importa decirlo! ¡No vayáis a esa ceremonia! Huid, aún estáis a tiempo. ¡Por favor, Jean Pierre, no hagas caso a Paul! ¡Escapa! ¡Yo os puedo ayudar!

Jean Pierre sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Instintivamente, abrazó a Madeleine…

## Capítulo IX

Jean Pierre Drouet era un hombre joven e inteligente, equilibrado, sereno, consciente y sensato; de esos hombres que se trazan un camino a seguir y no lo modifican, seguros de estar en la verdad. Él tenía sus planes y sabía que eran buenos.

Hacer caso a lo que había quedado de Vivienne Lucé era, a su juicio, una necedad. No podía aceptar, sin correr el peligro de caer en una trampa mortal. Con Paul Lassay se equivocó, pero fue siempre sensato y no cometió un error.

¿Por qué iba a cometerlo con Vivienne?

Desoyó sus extraños consejos. Y sugirió a Madeleine que tampoco le hiciera caso.

Sus palabras, al quedar solos en su alojamiento, fueron:

—No puedo creer a Vivienne, Madeleine. Ingresaremos en la Secta.

—¡Pero ella ha dicho que…!

—¡Mentiras! No nos ocurrirá nada de eso, ya lo verás. Tranquilízate.

Ya no hablaron más.

Al día siguiente, Jean Pierre no vio a Vivienne. Fue a su trabajo y ella no estaba allí. El doctor Uly le dijo:

—Ha sido llamada por «Kay».

Jean Pierre se mordió los labios y no contestó.

Luego se reunieron con el ingeniero Brever para trazar los planes de las nuevas operaciones, en las que se iban a realizar mil trasplantes cerebrales.

El taller de modelado mecánico estaba trabajando en serie en unos cuerpos considerados casi perfectos. Eran cuerpos que en nada se diferenciaban, en lo externo, de un cuerpo humano. Incluso la piel era porosa, blanda, carnosa; y las facciones eran expresivas. Podían expresar dolor, tristeza, alegría o angustia.

Referente a ellos, el ingeniero Brever comentó:

—El Consejo de la Secta pretende que estos individuos pasen inadvertidos entre los seres humanos normales. Estamos seguros de haber conseguido el máximo de perfección. Naturalmente, los circuitos mixtos deberán ser más completos. Los nervios artificiales habrán de ir unidos a los nervios cerebrales.

—Irán. El cerebro siempre es más completo que el cuerpo —respondió Jean Pierre—. Seguiremos el mismo principio que en los casos anteriores. No se preocupen de eso. La operación dará resultado.

Poco más tarde, Leon Vender vino a buscar a Jean Pierre al laboratorio. Su voz expresaba alegría.

—La ceremonia está preparada para mañana —dijo—. Yo te apadrinaré.

—Iremos Madeleine y yo juntos —dijo Jean Pierre.

—¡Muy bien! Voy a explicarte en qué consiste esa ceremonia. Está sacada del antiguo rito «tenko». Es muy sencillo. Penetraréis en el templo de Tla-xa-kay y os situaréis ante la escalinata central. Allí los siervos os despojarán de las ropas. No se puede uno ofrecer al Poderoso Tla-xa-kay con atuendo ni disfraces.

»Todos estarán cubiertos, excepto vosotros. El Sumo Sacerdote invocará la presencia de Tla-xa-kay, aunque es posible que no comparezca. Su fuego os envolverá. No quema. No debéis temer nada.

»Después de esto, «Kay» os tomará juramento público. Él y yo seremos testigos y nuestros signos habrán de ser tatuados en vuestra piel. Debéis elegir el sitio donde queréis el tatuaje. La parte interior del brazo es un buen lugar. Ese tatuaje es invisible al ojo humano. Sólo aparece bajo los rayos de «cross», que es la piedra luminosa de Marte.

»Habréis de subir, de uno en uno, y pasar a través de la cámara del fuego. Saldréis por debajo del ara, al otro lado, donde estaremos «Kay» y yo, vestidos de ceremonia, y con nuestros signos. No os causaremos apenas daño. Y del dibujo de ambos signos, sacaréis vosotros vuestro propio signo. Ésa será la identificación de que pertenecéis a «Ondina».

»Luego contigo celebraremos otra ceremonia especial, ya fuera del templo. Será tu ingreso en el Consejo de la Secta. Allí habrás de jurar vivir y morir para todos nosotros; te presentaremos a los miembros del Consejo, que se descubrirán ante ti. También tendrás acceso a los archivos, para que conozcas a todos los miembros de la Secta, a los que puedes necesitar en cualquier momento.

»Por encima de nosotros, sólo está «Kay», pero en materia de organización no recibirás órdenes de él. Sólo en consejo sagrado puede alguien darte una orden, Y tú puedes rechazarla o aceptarla. Si la aceptas, todo irá bien. Pero, si la rechazas, necesitarás que la mayoría te apoye… De lo contrario, habrás de obedecer.

—Y la desobediencia de un miembro de la secta ¿cómo se paga?

—Con la muerte, Jean Pierre.

* * *

Al día siguiente, veinte siervos del templo de Tla-xa-kay, ataviados con ropones de ceremonia, acudieron al alojamiento de Jean Pierre y Madeleine, los cuales estaban preparados y vestidos con sendas batas cruzadas, que sujetaban con sus manos.

Salieron, sin hablar, y, escoltados por los siervos, se dirigieron a una entrada que conducía a los subterráneos, y que antes les había estado vedada. Descendieron al túnel exagonal y allí subieron al bólido que les condujo al andén inferior, bajo la entrada del Sagrado Templo.

Jean Pierre sabía que todo era una ceremonia estúpida. No le importaba pasar a través de las llamas verdes del luego que no quemaba. Lo hacía para satisfacer a los sectarios y recobrar su libertad. Todo era así de simple. Este propósito se formó en su mente tiempo atrás y era el más viable para conseguir sus fines.

Madeleine, un tanto asustada, caminaba a su lado.

Una gran muchedumbre de encapuchados esperaba ante las puertas de bronce. Todos miraban con interés a los iniciados. Todos habían pasado antes por aquella ceremonia inicial. Jean Pierre y Madeleine eran los únicos que iban con la cabeza descubierta.

Sonó el «gong» y las puertas se abrieron. Entonces la comitiva se puso en marcha, penetrando todos silenciosamente en el amplísimo templo de Tla-xa-kay.

Al pie del pináculo, se detuvieron. Arriba, de pie, sobre la última plataforma, apareció «Kay», extendidos los brazos.

—Sed bien venidos a presencia de Tla-xa-kay, Hermanos míos… El lazo unido hoy, jamás lo romperá nadie… La fidelidad a nuestra fe perdurará siempre… Yo os acojo y os recibo en nombre del Poderoso Tla-xa-kay.

Se repitió el seísmo que Jean Pierre ya conocía. Y toda la concurrencia cayó postrada, boca arriba.

—¡Venid! —tronó la voz majestuosa de «Kay», que parecía llenarlo todo.

Madeleine y Jean Pierre se despojaron de sus batas. Subieron. Caminaban como hipnotizados. El pináculo estaba en lo alto. Miraban hacia la figura de «Kay», quien, de repente, desapareció, mientras el suelo continuaba temblando y un gran ruido lo invadía todo.

—No temas, Madeleine —musitó Jean Pierre.

«¡No temas, Madeleine!», pareció atronar el ámbito del templo, al extenderse la voz de Jean Pierre y llenarlo todo.

Ahora sí que se sobrecogieron, deteniéndose imperceptiblemente. Pero algo les empujaba hacia la puerta que había debajo del ara. Un pasillo por el que se entraba a un lugar rodeado de llamas verdes y lánguidas.

Se acercaron. No hacía calor. Más bien sentían frío. La luz los iluminó. Luego, siguiendo adelante, pasaron a través de las suaves llamas.

Al otro lado estaban «Kay» y Leon Verrier, con sus capuchas, extendiendo sus manos hacia ellos… ¡Y en las manos parecían llevar

dagas de punta roma!

Ambos mostraron la parte interior de sus brazos. Y las dagas se cruzaron, grabando primero «Kay» a Madeleine y Verrier a Jean Pierre, para luego descruzarse y grabar de nuevo justo a la otra señal invisible.

Luego, a derecha e izquierda del pináculo, surgieron dos siervos y colocaron ropones a ambos iniciados. Sobre sus cabezas cayeron las capuchas.

Sin hablar, todos se abrazaron. Y mientras «Kay» estrechaba a Jean Pierre entre sus brazos, éste pensaba:

«Esta ceremonia significa la destrucción de la Secta «Ondina», Paul Lassay. ¡Lo prometo!»

* * *

A partir de aquel momento, Jean Pierre se convirtió en miembro honorario de la Secta «Ondina». Le fueron revelados todos los secretos y presentados a los grandes dignatarios. Se asombró al ver allí reunidos a importantes figuras de la industria, la ciencia, la política y la economía universales.

Casi todos los hombres y mujeres importantes de la Tierra pertenecían a la secta.

Luego le nombraron Consejero Médico y «Kay» le dijo:

—Cuando establezcamos el cambio universal, tú serás Dignatario Mayor de la Medicina, Jean Pierre. Nadie podrá usurparte ese derecho mientras vivas.

—Gracias, «Kay».

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Seguir trabajando. Hay veinte mil Hermanos que necesitan convertirse en hombres mixtos.

—Sí, sí. Eso es importante. Yo también deseo ser mixto… Y tú lo serás también.

—Deseo ser el último en modificarme. Soy joven, «Kay», y tengo una esposa bonita y joven, a la que quiero. Prepararé el trabajo y me iré a la Tierra, a vivir con Madeleine. Vendré con regular frecuencia y os asesoraré en lo necesario.

—Te comprendo perfectamente, Jean Pierre. Es muy humano. Y ya había pensado en eso. Puedes tomarte dos años de descanso. En la Tierra nadie te ha echado de menos. Yo arreglé las cosas con el departamento de policía.

«Podéis marchar cuando querréis.

—Oye, «Kay», ¿qué ha sido de Vivienne?

—Ha sido enviada a Titán, a una misión importante. Puede que la veas alguna vez, pero pasará tiempo. No te preocupes por ella. Le

tengo afecto y nada le ocurrirá, pese a su debilidad… ¡Ah, Jean Pierre, deseo que seas tú el que me opere a mí! No hay prisa. Después de dos o tres años.

—Gracias por la confianza, «Kay». No debes temer nada.

* * *

Una venganza siniestra puede esperar muchos años. Jean Pierre supo esperar. No tenía prisa. Regresó a la Tierra e hizo una vida normal. Continuó con su trabajo en el Nosocomio de Dourdan, contrajo matrimonio legal con Madeleine, de la que vivía separado, aunque se juntaban todos los días, y fue pasando el tiempo.

Un año se fue casi en un soplo. Luego pasó otro.

Durante aquel tiempo, Jean Pierre mantuvo contacto con la Secta «Ondina» a través de comunicaciones de teleimagen por ondas privadas. Incluso hubo de asistir a varios Consejos Superiores de la secta, y de paso inspeccionó los trabajos de conversión en seres mixtos a todos los miembros.

Más tarde, empezó a ver por distintos sitios a los hombres mixtos. Eran sorprendentemente iguales, aunque los disfraces, cosméticos, tintes y coloraciones de la piel les hacían parecer desiguales.

Jean Pierre sonreía para sí. Aquellos seres estaban marcados por un estigma común. Todos llevaban, latente, en sus cerebros, un circuito especial, que les aniquilaría en un momento determinado.

Sus instrucciones, en los laboratorios subterráneos de Marte, se habían seguido al pie de la letra. El profesor Garr no omitió ni un detalle.

Una noche, después de haber hablado detenidamente con Madeleine, en una pequeña dependencia de la casa de ella, situada en el sótano y rodeada de un «cinturón antimagnético», Jean Pierre Drouet salió de la casa y se dirigió a París, utilizando un «moviplano» particular.

Una vez allí, se presentó en el Palacio Social y pidió, de un modo más bien exigente, que le recibiese el gobernador Dillon. Su nombre fue suficiente para que, a los pocos minutos, un ujier le acompañase hasta el despacho particular del alto dignatario de la Comisión Legal Universal.

A solas con el gobernador, Jean Pierre habló durante más de una hora, empezando por el principio, cuando trabajaba en el hombre mixto «Leo». Narró el rapto de que fue víctima, su traslado a Marte y todo cuanto allí ocurrió.

—Eso es muy grave, doctor Drouet. ¡Gravísimo!

—Y aún no lo sabe usted todo, excelencia. La Secta «Ondina» se ha infiltrado en todos los centros políticos del Sistema, ocupando puestos

claves, tanto en la policía como en el ejército. Se proponen realizar una revolución incruenta y apoderarse de los estamentos oficiales.

»Nadie podrá evitarlo, porque se asombraría usted si le diera los nombres de esas personas.

—Démelos. Haré que sean detenidos inmediatamente.

—Lo siento, excelencia. No puedo hacerlo. Yo también pertenezco a esa secta abominable. Juré no delatarles.

—Y ¿por qué viene usted a mí? ¿Qué puedo hacer si no me da sus nombres?

—Se lo explicaré. Dentro de poco, todos los miembros de la secta tendrán un tumor electrónico en el cerebro. Entonces, disponiendo de una red eficaz de Impulsores PAM, será fácil inmovilizarlos.

—Y ¿cómo puede ser eso?

Jean Pierre explicó con detenimiento todo el plan que había llevado a cabo, sin omitir detalle. Y el propio gobernador no tuvo por menos que reconocer su ingenio.

—¡Eso es formidable! Les dejamos que se conviertan todos en seres mixtos y luego… ¡Zás! Las microondas los aniquilan.

—Ése es mi plan, excelencia.

—Perfectamente. ¿Cuántos impulsores necesita?

—Para este planeta, seis o siete. En Marte harán falta cinco. Luego unos cincuenta que serán dispuestos en naves espaciales del ejército. Yo les facilitaré la longitud micrónica necesaria para paralizar la Secta «Ondina».

«Esto, naturalmente, habrá de realizarse dentro del mayor secreto, como si se tratase de una operación militar.

—Sí, de acuerdo, doctor. Pero se me ocurre que, pese a nuestras precauciones, si esos fanáticos están introducidos en todas partes, pueden enterarse de nuestros planes.

—No necesariamente. El hecho de que se preparen unos cuantos impulsores PAM no significa que ellos vayan a recelar nada. Se puede dar la explicación de experiencias cósmicas. Ellos no suponen que los proyectores de frecuencias micrónicas sea un peligro, puesto que en las operaciones de trasplante las hemos estado utilizando.

—Veo que es usted endiabladamente ingenioso, doctor. ¿Y dice que le nombraron alta jerarquía, después de una ceremonia pagana?

—Sí. Todo es una comedia. Yo no puedo dejarme influenciar por ritos antiguos y procedentes de otro planeta.

—Esos hombres deben de estar locos.

—En parte, sí. Pero es mayor su fanatismo que su locura.

—Bien, bien. Confieso que me tenía preocupado esa secta. Pero, con su ayuda, quedará destruida. ¿Cuándo hemos de efectuar la operación final?

—Yo le avisaré, excelencia. Antes debo ir a Marte a efectuar unas

operaciones preliminares. Posiblemente, yo evitaré bastante trabajo a las fuerzas interestelares.

—De acuerdo, doctor. Le ruego que me tenga al corriente de todo.

Jean Pierre se despidió del gobernador Dillon y regresó a Dourdan.

Al día siguiente, mientras trabajaba en su laboratorio, Jean Pierre recibió la visita de… Paul Lassay.

* * *

Con Lassay venían dos hombres mixtos, ¡y traían a Madeleine Arcenis!

Jean Pierre se alarmó. No esperaba él una visita en aquellas condiciones. Y menos esperaba las palabras que pronunció Paul Lassay en primer lugar:

—Lo siento, Jean Pierre. Este fin era inevitable.

—No te entiendo… ¿Qué quieres decir?

—Tu maquinación ha terminado, Jean Pierre. Madeleine Arcenis fue siempre Hermana nuestra.

—No entiendo… ¿Qué significa esto?

—Significa que vas a morir, Jean Pierre —contestó Lassay, secamente, sacando de entre sus ropas un arma desintegrante—. Tus planes no han dado resultado. Los impulsores PAM no pueden causarnos ningún daño. El profesor Garr retiró los tumores electrónicos que pusiste en nuestros cerebros… ¡Has sido un traidor!

Jean Pierre estaba atónito. Miró a Madeleine, a la cual no parecía conocer.

—Sí, doctor Drouet —dijo ella—. Siempre he estado a tu lado. Tú no te fiaste de Paul, ni de Vivienne, pero sí de mí. Y yo era tu vigilante. Soy la Sacerdotisa «Ondina».

—No… No es posible —balbuceó Jean Pierre.

—Pues lo es. Se trata de una cuestión personal, Jean Pierre Drouet. Nos has traicionado. Tus maquinaciones no servirán, pues, de nada. Siempre hemos sabido todo cuanto fraguabas en tu mente, y te hemos dado la cuerda suficiente para confiarte.

»Ya no podemos esperar más. Todas las operaciones han sido realizadas. Nuestros siervos son mixtos. La revolución se hará mañana mismo y la Secta «Ondina» dejará de estar fuera de la ley.

»Te reconocemos todos los servicios prestados y te recompensamos con… esto.

Al terminar de pronunciar estas palabras, Paul Lassay presionó el disparador del arma que empuñaba. Un rayo vivísimo cruzó el aire y fue a romper el pecho de Jean Pierre, quien emitió un grito ahogado, para terminar cayendo sobre un enorme charco de sangre.

—Sentencia cumplida —musitó Lassay—. Vámonos.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Sus hombres le siguieron. Sólo Madeleine Arcenis quedó unos momentos allí, contemplando el cuerpo sin vida del hombre que todo lo había hecho por ella.

De esto, Madeleine estaba segura. No traicionó a nadie más que a su propia conciencia. Fue ella quien le engañó. Él no había hecho más, que defenderla, porque la amaba.

¡Pero ella no podía amarle, no podía amar a nadie, sólo a un monstruo insaciable, llamado Tla-xa-kay, al que servía aunque estaba segura de su inexistencia!

—Lo siento, Jean Pierre —musitó, antes de salir en pos de los otros —; no podía ser de otro modo… Estabas condenado de antemano, ¡porque me amabas!

»Yo sé que nuestra existencia será amarga e ignoro lo que va a suceder. Pero… creo que siempre tendré un recuerdo tuyo, grato y afable… ¡«Ondina» regirá el mundo nuevo! ¡Y tú has ayudado a conseguirlo!

Dicho esto, Madeleine Arcenis dio media vuelta y salió.

Sobre el pavimento, el cuerpo continuó desangrándose…

**FIN**